

PHILADELPHIA

(NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD)

Más allá de la vida de las formas
Está la vida de la eterna idea.
Más allá de los mundos que perecen
El infinito que los mundos crea.

CARLOS ENCINA.

LA PENA DE MUERTE CONSIDERADA Á LA LUZ DE LA TEOSOFÍA

Hace poco manifestaba en un círculo de amigos mis opiniones acerca del pensamiento que debe guiarnos al estudiar las doctrinas teosóficas y del papel que debe hacerse desempeñar á éstas en la vida contemporánea.

No debemos estudiar las doctrinas teosóficas — decía — del mismo modo ni con el mismo objeto con que estudiamos las obras de Platón, de santo Tomás de Aquino, de Descartes ó de Leibnitz. Cuando tratamos de iniciarnos en las doctrinas de aquellos filósofos no tenemos otras miras, ni podemos tener otras, que la de completar nuestra vista panorámica de las épocas en que vivieron ó la de seguir la evolución del pensamiento humano á través de los tiempos en tal ó cual dirección.

Las doctrinas teosóficas, si bien pueden tener la virtud — y la tienen — de hacernos penetrar hondamente en el pensamiento de ciertas edades, debemos, sin embargo, al estudiarlas, tener en vista un fin mucho más práctico que el de ampliar nuestros conocimientos históricos: debemos estudiarlas con el objeto principal de aceptarlas, si nos parecen buenas y verídicas, y de difundirlas en el pueblo, dotándonos así á nosotros mismos y á los demás hombres de una filosofía, es decir, de una clave para interpretar á la naturaleza y de una norma para conducirnos en la sociedad.

Consecuente, pues, con mi modo de pensar en lo que á teosofía se refiere, creyendo que debe arrancarse á ésta del catálogo de las curiosidades para democratizarla y hacerla vivir la vida de nuestros días, voy á considerar á la luz de sus enseñanzas la pena de muerte, tema de palpitante actualidad.

Esto servirá también para poner de manifiesto otra concordancia

más entre las doctrinas más avanzadas, llamadas ciencias positivas, y la teosofía.



Basados en consideraciones puramente filosóficas, tales como la creencia en la inmortalidad del alma, en la del progreso individual indefinido y apoyados en la ley del ritmo que preside todas las manifestaciones de la energía en la naturaleza, ha habido pensadores en todos los pueblos y en todos los tiempos que afirmaban que la vida del individuo en este plano de materia física era discontinua, apareciendo en él periódicamente y permaneciendo durante los intervalos en el reposo de una región etérea.

Pero reconociendo esos mismos pensadores que la ley de causalidad se verifica siempre, después de haber formulado la ley de la reencarnación, afirmaron también que las cualidades y aptitudes de cada hombre eran la consecuencia directa de las actividades físicas, intelectuales y morales, desarrolladas en su anterior existencia terrena.

Estudios experimentales de los teósofos han confirmado con todas las formalidades de las ciencias modernas, las conclusiones reencarnacionistas a las que, siguiendo la vía del razonamiento puro, habían llegado muchos filósofos, y las han ampliado con todos los detalles suministrados por la experiencia.

El alma humana, al morir el cuerpo que la viste en esta tierra, permanece cierto tiempo en una región etérea, — el Devakán, — descendiendo luego á encarnarse en otro cuerpo de materia física para vivir otra vida terrena; vuelve á desencarnarse, y así sigue encarnándose y desencarnándose periódicamente durante un tiempo más ó menos grande. Esta es la doctrina de la reencarnación.

Todas las cualidades físicas, intelectuales y morales de los hombres son los efectos de las actividades ejercitadas por cada uno de ellos en sus vidas terrenas anteriores. Esta es la ley Karma.

Llámase también karma de un individuo al conjunto de sus facultades y cualidades más salientes. Así se dirá de un ladrón que es un hombre de karma malo, de un filántropo que es de karma bueno, etcétera.

El alma deja de reencarnarse cuando ha conseguido desarrollar todas las facultades que pueden conquistarse en la etapa humana de la evolución.

Hemos dicho que el alma pasa el período de la desencarnación en una región de reposo, el Devakán. Sin embargo, antes de llegar el alma al Devakán, permanece algún tiempo en una región infe-

rior llamada Kamaloka, y vestida de un cuerpo de materia sutilísima, comparada con la de nuestro plano-materia astral. Al habitante del kamaloka se le llama en el lenguaje teosófico « elemental ».

Por las experiencias practicadas en el estudio de los elementarios, se sabe que en estos las facultades intelectuales y morales se encuentran adormecidas, en tanto que las pasiones y los deseos, sobre todo aquellos de naturaleza impura, y que constituyen lo que en teosofía se llama la parte kármica del individuo, se encuentran en estado de actividad.

Se sabe también por las mismas experiencias que cuando un hombre, es decir, un alma encarnada se halla bajo el dominio de deseos ó de pasiones intensas, estas producen vibraciones determinadas por su naturaleza en la materia astral del kamaloka. Estas vibraciones atraen á los elementarios en los cuales predominen tendencias kármicas de la misma naturaleza, y estos elementarios responden reforzando la intensidad de las pasiones y deseos del hombre que los sufre, teniendo de este modo, muchas veces, una influencia decisiva en sus acciones.

Con este pequeño preámbulo dirigido á aquellos que no están familiarizados con las doctrinas teosóficas, podemos entrar de lleno en el estudio que anuncia el epígrafe de este artículo.

Antes de entrar en consideraciones al respecto, ya se comprende que nunca un teosofista podrá formar en las filas de los que se oponen á la abolición de la pena de muerte ó que piden su reimplantación en aquellos países en donde ya no existe. La teosofía, en efecto, enseña la fraternidad humana, y el teosofista que se erigiera en defensor de la pena de muerte defendería, por consiguiente, el fratricidio.

Pero á esta observación preliminar que puede, hasta cierto punto, ser considerada como sentimentalista, siguen dentro de las ideas teosóficas razones de orden filosófico y de orden científico en contra de la pena de muerte.

Si el objeto de la vida del hombre en este plano físico es ejercitar todas sus fuerzas, preparándose así cualidades para su vida terrena siguiente y subir de este modo un peldaño más en la escala de la evolución, toda ley humana que, como la pena de muerte, trate de impedir la actividad del hombre, se opone al cumplimiento de la misión que lo ha traído á este mundo, se opone á las leyes de la naturaleza y debe, por lo tanto, desecharse.

Pero hay más: si un hombre durante una vida comete crímenes y

genera á menudo pensamientos de ódio, este hombre, en su encarnación siguiente, en virtud de la ley karma, traerá cualidades peores que las que tenía en su vida anterior, y será, por lo tanto, mucho más criminal. De esto resulta que si la sociedad ha tenido razón de aplicar á un hombre la pena de muerte en una de sus vidas, tendrá mucha más razón de seguirla aplicando en las vidas siguientes. Como este procedimiento de matar al hombre de karma malo no permite una reacción benéfica en este, puesto que esta reacción solo podía ser efecto de la vida, y la vida es lo que en este caso se corta, la consecuencia inmediata sería hacer al malvado cada vez más malvado. El resultado final de la aplicación de este procedimiento sería muchas veces la completa desaparición de una individualidad, la *muerte de un alma*, y este crimen de la sociedad sería mayor que todos los crímenes juntos que pueda cometer un hombre.

Considerada la cuestión bajo un punto de vista científico, aunque siempre dentro de las doctrinas teosóficas, hay también sobrada razón para oponerse á la pena de muerte. Muerto el criminal, este se convertirá en un elementario de gran poder; y este elementario, según lo dicho más arriba, será un foco de fuerzas al servicio del mal, y conducirá al crimen á muchos hombres que no hubieran llegado nunca á semejante extremo, si una fuerza extraña y desconocida de ellos, no hubiera aumentado considerablemente el ímpetu de sus pasiones.

Dicen algunos colectivistas exagerados que el individuo debe sacrificarse siempre en aras de la sociedad, y que, por consiguiente, hay derecho de matar á ciertos criminales. No estoy con éstos. Creo que el único sacrificio que la sociedad puede exigir del individuo es la limitación de sus libertades, y esto sólo hasta cierto punto, es decir: sólo en lo que sea necesario para hacer posible la vida social. Pero para que la sociedad tenga derecho á exigir eso, es decir: para que tenga razón de ser, ella debe á su turno sacrificarse en aras del individuo proporcionándole una vida ventajosa y resarcirle así de sus limitaciones. Debiendo ser el sacrificio recíproco, que la sociedad se sacrifique para sanar al enfermo y para mejorar al criminal.

Por otra parte, el criminal es menos responsable de sus crímenes de lo que lo es la sociedad; y es, por consiguiente, á ésta á la que corresponde corregir los males que ella ha producido, atacando las causas y no los efectos. Matar á los criminales dejando subsistentes las causas que los han producido, para defenderse de ellos, es como podar un árbol para hacerlo secar.

Estas declaraciones extrañarán tal vez, puesto que muchos piensan que una de las doctrinas teosóficas es la que sostiene la exis-

tencia del libre albedrío, y, en este caso, no podría el teosofista culpar á la sociedad de las malas acciones de los hombres, sino que, por el contrario, debería culparlos á éstos que los han cometido con entera responsabilidad.

Este es otro error. Las doctrinas teosóficas no sostienen la existencia del libre albedrío. Las doctrinas teosóficas dicen que el hombre progresa á través de sus encarnaciones y que una de las fases de ese progreso es su liberación de parte de los móviles y de los motivos egoístas. Cuando haya conseguido esa independencia, convencido completamente por su larga experiencia que todas las acciones egoístas son de resultados ilusorios, cuando en todos sus actos se guíe siempre por motivos—porque sino sería como una balanza loca—por motivos puramente altruistas, entonces habrá alcanzado la meta de su progreso en ese sentido de la voluntad.

Se dice que la pena de muerte aplicada á un individuo atemoriza al pueblo é impide de este modo muchos crímenes. El teosofista no acepta ejemplos que cuestan vidas, tanto más cuanto que una de las razones que le inducen á aconsejar el vegetarianismo, así como las que le hacen desear fervientemente que se descubran procedimientos que permitan estudiar el interior de los organismos animales sin tener necesidad de apelar á la vivisección, tienen su origen en ese principio de economía de las vidas. Por otra parte, la experiencia diaria enseña que la criminalidad no disminuye con el aumento de las ejecuciones; y el teosofista, con doble razón entonces, rechaza esos ejemplos que amortiguan los sentimientos de piedad en el hombre, sentimientos cuya adquisición y completo desarrollo es uno de los fines de la vida, y que tienen por lo tanto un resultado del todo contraproducente.

•••

Con las razones que anteceden, fácil es comprender que actitud debe asumir, en el concepto teosófico, la sociedad ante el crimen.

La reacción de la sociedad debe ser doble. Por un lado debe hacer desaparecer, inmediata ó mediatamente, según convenga, las causas más importantes de la criminalidad, y que como la ciencia lo demuestra, tienen su origen en la organización defectuosa de aquella, son causas sociales.

Por otra parte, la sociedad debe dirigir su atención hácia el criminal, no para castigarlo, que no tiene este derecho, ni tampoco para defenderse solamente de él, sino sobretudo con el objeto de originar y favorecer, utilizando todos los medios á su alcance, una reacción benéfica en su karma individual, reacción que tarde ó tem-

prano, sino en una en otra de sus encarnaciones, concluirá por reincorporarlo á la falange de los obreros del progreso.

Este mejoramiento de los criminales se conseguirá fácilmente con el trabajo, con una enseñanza moral elevada, con el buen trato, en una palabra con el ejercicio armónico de todas sus facultades, pero en colonias penales en medio de la esplendidez de la naturaleza,—nunca en las cárceles de nuestros días, húmedas y oscuras, focos de enfermedades y de vicios, y menos naturalmente en los patíbulos.

CARLOS M. COLLET.

M. S. T.

ESTUDIO SOCIOLOGICO

LO QUE ES Y LO QUE DEBE SER NUESTRA CIVILIZACIÓN

Los grandes adelantos realizados por la civilización europea durante el siglo cuyos últimos resplandores contemplamos, puede decirse que son verdaderamente colosales. Casi no hay pueblo alguno en Occidente que no sienta á cada instante su suelo estremecido por el pesado y rápido paso de la locomotora que, sin cesar, conduce, sobre las pulidas cintas de acero, con los espléndidos y ricos frutos de la labor humana, afanosas multitudes que se dirigen de un lado á otro agitadas por un anhelo de progreso, siempre inextinguible en ellas.

Los mares han perdido ya su antiguo aspecto, salvaje y misterioso, y esas inmensas soledades donde solo se escuchaba el ronco sonido de la ola al rodar y quebrarse en incesante lucha, están convertidas en palestras sobre cuyas superficies rivalizan en velocidad y gallardía, poderosas y soberbias naves en las que han acumulado sus tesoros la industria, las ciencias y las artes.

La electricidad, vencedora del tiempo y del espacio, hace circular la palabra con rapidéz inconcebible, y lleva, apenas nacida, hasta el confín lejano, la semilla de la idea que allí debe fecundarse.

La materia, que, reacia, oponía impenetrable velo á la mirada escrutadora del hombre, después de haberse éste apoderado de los rayos ocultos de la luz, parece que ya no tiene para él otros secretos que el de su propia formación. Mundos invisibles de microscópicos seres, fuerzas nuevas y poderosas, desconocidas hasta hace poco, han venido también á ofrecer su valioso y todavía no bien apreciado concurso, en este grandioso concierto que ejecuta la inteligencia humana.

Por doquiera que dirijamos nuestros ojos, allí vemos algún notable progreso material, alguna nueva transformación, algún descubrimiento portentoso abriéndonos el camino que debe conducirnos á otros más grandes y trascendentales, y al contemplar este espléndido cuadro que nos presenta el Occidente al finalizar el siglo, y al imaginarnos los desenvolvimientos futuros de tales prodigios, casi nos sentimos inclinados, llevados por un primer impulso, á cantar hosannas á la civilización que con tanto esplendor se manifiesta y que tantas glorias y tanto poder parece prometer al hombre de los tiempos venideros.

Pero, ¡ay! cuando contemplamos por otro lado el espectáculo que nos presenta esa misma civilización tan atrayente, tan deslumbradora y tan poderosa; cuando miramos el fondo sobre el cual se destaca tanta grandeza; cuando apartamos la vista del mundo donde actúan las fuerzas físicas, únicas que la inteligencia se dedica con empeño á desarrollar, y la dirigimos al mundo moral que informa las acciones de los hombres y de los pueblos,—mundo en el cual nuestras conquistas son las mismas que nos legaron las generaciones pasadas y en el que se encuentran sin embargo, los verdaderos y reales elementos para nuestra felicidad terrena; no podemos menos que sentir nuestro espíritu entristecido y lamentar la ceguera de los hombres que se lanzan, como inconscientes insectos, en medio de las llamas que van á consumirlos.

Impunemente ningún ser de la creación puede quebrar la armonía que la naturaleza ha establecido como ley invariable de toda existencia, y el hombre de nuestros tiempos, al romper el equilibrio en el desarrollo de sus facultades, no hace otra cosa que cavar la sepultura en la que un día debe caer envuelto entre los ricos oropes,— que solo le habrán servido entónces para hacerle más terrible su desgracia. En la forma en que hoy realiza lo que cándidamente considera su adelanto va derecho á su ruina, pues levanta un monumental palacio, cuyas proyecciones colosales contempla con orgullo, á semejanza del incauto individuo de la parábola cristiana que, habiendo construido su casa sobre arena sin cuidarse de mezclar ésta con los otros materiales que debieran hacer sólidos y fuertes los cimientos, se encontró un día de avenida aplastado por el mismo edificio que con tanta imprevisión levantára.

Y este peligro, de cuya existencia se reirán todos aquellos que viven con su cerebro al día sin preocuparse de estudiar otras problemas que los de su material y pasajero bienestar, dada lo marcha que sigue nuestra civilización, es inminente en un futuro más ó menos próximo ó lejano. El es la consecuencia, lógica é ineludible, de nuestro imperfecto desarrollo actual, á no ser que

el hombre reaccione en su camino y comprendiendo que es ridículo que pretenda ser señor el que no puede libertarse de la esclavitud, rompa esa poderosa atracción que lo solicita hácia el abismo; Esclavo de sus pasiones quiere dominar la tierra, sin apercibirse en su ambición que esos mismos adelantos que consiga, que esas mismas fuerzas que descubra, serán poderosas y terribles armas que habrá puesto para su propio mal en manos del déspota que lo avasalla! Hay que independizarse primero del tirano, tanto más cruel cuanto más omnipotente, hay que vencer en el corazón á las pasiones, reducir al feróz «Yo», antes de pretender adquirir el dominio de la Naturaleza; casta diosa que sólo entrega su lecho, eternamente inmaculado, al hombre consciente y libre.

Pero hasta hoy, por desgracia, hombres y pueblos marchan ofuscados, contemplando encima de sus cabezas un sol resplandeciente rodeado de dorados rayos hácia el cual dirigen sus ojos con afán, mientras, debajo, sus piés se van enterrando cada vez más en el cieno nauseabundo.

Así, si colocamos al lado de aquel hermoso lienzo pintado por la civilización del siglo XIX, en el que brillan con vívidos reflejos sus notables y grandes progresos industriales, artísticos y científicos, alguno que otro de esos negros cuadros con que él mismo nos obsequia como recuerdo propio al perderse en el pasado, se verá cuanto encierra de verdad la anterior afirmación.

* * *

—No hace dos años todavía, un hombre á quien se había arrancado el honor, la libertad y la familia, gemía desde mucho tiempo há en la soledad y en el martirio á que sus jueces, hombres también, que conocían todo lo horrible de su sentencia, lo habían cruel é injustamente condenado. El ejemplar amor de su esposa y la conmiseración que despertára su suplicio en algunas almas nobles y generosas, consiguieron, después de inauditos esfuerzos, la revisión del proceso y cuando el acto que debía poner término á una situación terrible y oprobiosa iba á ejecutarse, y la conciencia universal proclamaba la inocencia del reo, uno de los pueblos más civilizado de occidente, medio París, se levantó indignado protestando contra un acto de reparación y de justicia que solo á medias se realizó por esa causa. ¡Dreyfus era judío; he ahí un grave crimen en el siglo XIX! Ninguno de esos hombres, entre los que se cuentan hombres de estado, de ciencia, de letras, militares de alta jerarquía, sacerdotes, padres, esposos, tuvo en su corazón otro sentimiento

el hombre reaccione en su camino y comprendiendo que es ridículo que pretenda ser señor el que no puede libertarse de la esclavitud, rompa esa poderosa atracción que lo solicita hácia el abismo: ¡Esclavo de sus pasiones quiere dominar la tierra, sin apercibirse en su ambición que esos mismos adelantos que consiga, que esas mismas fuerzas que descubra, serán poderosas y terribles armas que habrá puesto para su propio mal en manos del déspota que lo avasalla! Hay que independizarse primero del tirano, tanto más cruel cuanto más omnipotente, hay que vencer en el corazón á las pasiones, reducir al feróz «Yo», antes de pretender adquirir el dominio de la Naturaleza; casta diosa que sólo entrega su lecho, eternamente inmaculado, al hombre consciente y libre.

Pero hasta hoy, por desgracia, hombres y pueblos marchan ofuscados, contemplando encima de sus cabezas un sol resplandeciente rodeado de dorados rayos hácia el cual dirigen sus ojos con afán, mientras, debajo, sus piés se van enterrando cada vez más en el cieno nauseabundo.

Así, si colocamos al lado de aquel hermoso lienzo pintado por la civilización del siglo XIX, en el que brillan con vívidos reflejos sus notables y grandes progresos industriales, artísticos y científicos, alguno que otro de esos negros cuadros con que él mismo nos obsequia como recuerdo propio al perderse en el pasado, se verá cuanto encierra de verdad la anterior afirmación.

* * *

—No hace dos años todavía, un hombre á quien se había arrancado el honor, la libertad y la familia, gemía desde mucho tiempo há en la soledad y en el martirio á que sus jueces, hombres también, que conocían todo lo horrible de su sentencia, lo habían cruel é injustamente condenado. El ejemplar amor de su esposa y la conmiseración que despertára su suplicio en algunas almas nobles y generosas, consiguieron, después de inauditos esfuerzos, la revisión del proceso y cuando el acto que debía poner término á una situación terrible y oprobiosa iba á ejecutarse, y la conciencia universal proclamaba la inocencia del reo, uno de los pueblos más civilizado de occidente, medio París, se levantó indignado protestando contra un acto de reparación y de justicia que solo á medias se realizó por esa causa. ¡Dreyfus era judío; he ahí un grave crimen en el siglo XIX! Ninguno de esos hombres, entre los que se cuentan hombres de estado, de ciencia, de letras, militares de alta jerarquía, sacerdotes, padres, esposos, tuvo en su corazón otro sentimiento

que el de la venganza despiadada, que no se anida en el corazón de la fiera, para un semejante á quien nadie conocía!

— ¡Y este hecho sucedía momentos antes de realizarse en la misma ciudad donde aquellas cosas pasáran, el más gigantesco torneo dado por nuestra civilización!

—Perdido en un apartado rincón de la tierra, vivía un pueblo pequeño y laborioso, de costumbres sencillas y patriarcales, sano de cuerpo y alma, altivo y valeroso. Entregado al trabajo, exento de mezquinas ambiciones, sin preocuparse de poner obstáculos al engrandecimiento de las colonias que eran sus vecinas, se encaminaba feliz hácia su rápido progreso, cuando un día, desgraciado para él, se descubre en su suelo el oro y vemos entonces, en medio de esta orgullosa civilización, realizarse una vez más la fábula del lobo y el cordero, pero no ya procediendo aquél movido por el hambre que podría justificar su delito, sino por la sórdida codicia, tanto más repugnante cuanto el lobo era rico y poderoso. Los hermosos campos durante tanto tiempo fecundados por el sudor honrado, véense hoy cubiertos por la sangre de millares de inocentes víctimas humanas, cuyo inútil sacrificio no es por cierto un triunfo de que el hombre pueda envanecerse; numerosos hogares destruidos por el fuego, la miseria ó las balas; un pueblo libre sojuzgado; una raza viril y laboriosa dispersada. He ahí el cuadro del Transvaal y he ahí también otra de las muestras elocuentes del verdadero estado del adelanto que hemos conseguido en el presente!

—Si alejamos nuestra vista de estas escenas, que, si algo tienen de consolador, son los ejemplos de abnegación que lega al mundo el pueblo boer, y la llevamos al extremo Oriente, chocamos en seguida con otro espectáculo de horrores, con otro festín de sangre humana en el que unidas toman voluntariamente parte las más poderosas naciones de la tierra. Los hechos ocurridos en la China,—país eminentemente pacífico por su carácter, por sus sentimientos, por sus ideas, y cuya civilización secular es bien distinta, por cierto, de la que nos han pintado siempre los escritores europeos que se ocuparon de ella sin que ninguno tuviera jamás oportunidad para conocerla y por consiguiente para estudiarla, razón que ha motivado que nuestro juicio al respecto haya sido falso y siempre disparatado,—son hoy del dominio de todos desde que suceden en los actuales momentos. Primero, legiones de ignorantes misioneros, fomentados á designio por los gobiernos occidentales, cayeron allí como avanzadas de los ejércitos que deberían llegar más tarde, y en su torpe y ridículo fanatismo pretendieron aquellos, valiéndose hasta de medios reprobados, en esta época en que se proclama la libertad del pensamiento,—cosa

que en la práctica es menos cierta de lo que se supone, — hacer abandonar á los habitantes del país la hermosa religión que les legaron sus antepasados y de la que con sobrada razón se sienten orgullosos; y luego siguieron las exigencias cada vez mayores y cada vez más injustificadas de las Grandes Potencias, que, como famélicos cóndores, desde lo alto de su poderío están constantemente con la mirada fija sobre la tierra para ver donde ir á saciar con más provecho su hambre devoradora.

Colmada, por fin, la medida, el pueblo chino, que á nadie molestaba, olvidó su notable filosofía y se lanzó á la lucha con el patriótico propósito de defender la integridad de su suelo, sus antiguas costumbres y sus ideales religiosos y políticos... ¡Las noticias recibidas del teatro de los sucesos nos dicen que los «ejércitos de la civilización», — únicos que para este caso tenemos que considerar, — se entregaron en Tientsin, después del combate, al saqueo de la ciudad y que no quedó objeto de oro, de plata y de marfil que no pasara á mano de los vencedores; que en una segunda acción de guerra, esos mismos ejércitos, que representan la plata labrada de nuestro siglo, indignados con la actitud observada por los chinos, en diversos encuentros que tuvieron con los *cristianos*, mataron cuanto prisionero cayó en sus manos y después saciaron su venganza en las mujeres y en los niños!! (1)

¿Podríamos decir que peor lo hacían los ejércitos romanos ó las hordas de bárbaros que invadieron á la Europa?... —

—Pero, hay más, todavía. El siglo XIX no quiere abandonarnos sin dejar bien constatado el atraso moral en que vivimos, y así, en sus últimos días, entrega para nuestro exámen un caso digno de colocarse enfrente de aquel tan tristemente célebre del «máscara de hierro». El siguiente telegrama que lo anuncia, espantoso en su laconismo, podría muy bien fijarse en las puertas de la Exposición Universal:

« Roma, septiembre 4 de 1900.

« Bresci irá á cumplir su condena en el presidio de San Stefano, en la isla de Ventóteno.

(1) En prensa ya este artículo leemos el siguiente telegrama recibido de Londres, y publicado por uno de nuestros diarios:

«Nuevas noticias recibidas de China confirman la toma por las tropas alemanas de la población de Liang, en las cercanías de Pekín, donde se había reunido una columna de boxers.

«Comprueban también la gran matanza de rebeldes hechas por los alemanes, cuya cifra en un principio parecía exagerada.

«Después de un reñido combate, los alemanes hicieron saltar con dinamita las puertas del pueblo y lo invadieron, arrasando cuanto encontraron á su paso. SIN DAR CUARTEL, PASARON A CUCHILLO Á 500 REBELDES.

«Algunos diarios recuerdan con este motivo las frases atribuidas al emperador Guillermo, sobre el rigor con que debía hacerse la represión en China!!! — (El País) — N. del A.

* Durante los diez años de reclusión no sabrá nada de lo que pasa en el mundo.

* No podrá pronunciar palabra alguna, ni verá otra persona que su carcelero.

* Pan y agua, una vez al día, constituirán su alimentación.

* Si rompe el silencio ó intenta rebelarse, se le impondrá el chaleco de fuerza, en primer término y el lecho de fuerza, si reincide.

* Durante la noche revestirá una camisa especial, como una bolsa, y sus brazos serán ligados al cuerpo, para impedir que trate de darse muerte. »!!!

Un miserable, un loco, un fanático anarquista, desequilibrado talvez por el espectáculo terrible de la miseria,—fantasma que levanta por todas partes su demacrado rostro buscando un reposo que nuestra civilización no ha sabido todavía proporcionarle,—asesina á un monarca querido de su pueblo por las nobles cualidades que lo distinguían. La culta sociedad donde ocurría el hecho—la misma que, seguramente, se contempla á gran distancia, por su adelanto, de la época de los inquisidores, individuos á quienes en parte puede disculpar el fanatismo que los cegaba,—había ya previsto su posibilidad y tenía de antemano preparada en sus códigos, después de haberla elaborado fría y tranquilamente, con plena conciencia de su extensión y gravedad, y cuando nada sucedía que pudiese ofuscar el cerebro de los que la prepararon, la pena que debiera aplicarse al anónimo y entonces problemático criminal y que Bresci debe cumplir ahora; pena horrible que nos hace erizar el cabello cuando meditamos profundamente en todo lo que significa y al lado de la cual nada son aquellos bárbaros tormentos sufridos por los acusados de herejía, pues esos tormentos terminaban al cabo de algunas horas con la muerte del supliciado, mientras que este está calculado, con especial refinamiento, para durar muchos años! Al pensar en ella nos sentimos inconscientemente trasladados con la imaginación á alguno de esos nidos de águila de la Edad Media, á alguno de esos viejos castillos feudales cuyas sombrías leyendas se recuerdan todavía con horror, donde el señor, dueño de vidas y haciendas, libre de toda responsabilidad, educado entre el pillaje y la sangre, sin un vislumbre en el cerebro ni un ligero sentimiento humano en el corazón, se complacía en martirizar durante largo tiempo á sus víctimas en los lóbregos calabozos de su guarida.

Si tal pena se estableció sólo para que el horror que inspirase su aplicación impidiese el crimen, ella *se ha cumplido*, sin embargo, mientras que, por otra parte, su creación no ha sido eficaz para

llenar su objeto; y si, en el caso mencionado, se ha hecho efectiva con el único propósito de que sirva de escarmiento, tendremos que creer que carece de todo valor la experiencia de los siglos cuando nos muestra que la sangre vertida en el martirio sólo sirve para regar y hacer más vigorosa la planta que se desea extirpar.

...; Y el mundo entero aplaude el inicuo atentado, sin que nadie se atreva á levantar su voz para protestar contra semejante crimen de lesa humanidad!...

* * *

¡He ahí, apenas esbozado, el estado actual del progreso humano en Occidente, para obtener el cual el hombre ha venido luchando sin cesar desde hace siglos, y empapando la tierra con su sudor, sus lágrimas y su sangre! Sin un ideal elevado en la mente hácia donde remontar el vuelo poderoso de su espíritu, desdeñado por él el único y seguro derrotero que á la playa firme podría conducirle, perdida toda orientación que sirva para encaminarlo en medio de la noche tenebrosa cuyas sombras se imagina que alcanzará á disipar solo con las luces fugitivas de una inteligencia desviada de su rumbo, el hombre de nuestra época, por regla general, marcha sin avanzar un paso en el sentido de su felicidad, que es el de su real y positivo adelanto. ¿Para qué le sirven sus colosales usinas, los tesoros de su ciencia, si no han de aplacar jamás el febril ardor que lo agita en su eterna y terrible lucha por la vida? ¿Para qué le sirven los perfeccionamientos que cada día añade á sus antiguas adquisiciones, los descubrimientos portentosos que realiza en el reino de la Naturaleza física, si ellos no han de poder nunca desterrar de su alma, ni de sus lujosas sociedades, á la pálida miseria, á ese mónstruo que apaga con su impura baba hasta el fuego de los más grandes y bellos sentimientos? ¿Acaso aquellos notables progresos han convertido al hombre en un sér más bueno? ¿Lo han hecho humilde, generoso, caritativo, en la grandeza; resignado, fuerte, paciente y noble, en la desgracia? ¿Puede, por ventura, sostener que hoy es más feliz que lo que lo fuera en tiempos en que no estaba tan bien armado como al presente para luchar contra la inclemencia de los elementos? ¿Y no es la felicidad lo que debe antes que nada tratar de conquistar?...

En la actualidad si es pobre, vive desgraciado, oprimido, ansiando la riqueza que le ha de proporcionar la comodidad material y goces que otros disfrutan, de los que se vé privado, y corre siempre detrás de ella sacrificando día á día, para alcanzarla, su reposo, sus fuerzas, su salud y la tranquilidad que podría obtener, cuando no su honor

y las mejores joyas de su corazón. Debido, además, al permanente malestar que le ocasiona su misma situación, dura y difícil, su corazón es más fácilmente presa de la envidia, de la maledicencia, de la intolerancia para juzgar los actos y las opiniones de los demás, sobretodo de aquéllos á quienes considera favoritos de la suerte. Si es, por el contrario, rico, anhela siempre otras riquezas, otros goces que su dinero no puede proporcionarle, ó vive fastidiado en medio de la opulencia y de la frívola sociedad que lo agasaja y en la cual lo coloca su fortuna. La ostentación, el orgullo, la falsa consideración de su propio valer que se acrecienta con sus mayores facilidades, y la avaricia, encuentran en él un campo predispuesto para recibir y fructificar sus malhadadas semillas. Uno y otro ¿dónde buscan un refugio cuando la pena ó el dolor los muere, cuando los invade el fastidio, cuando la conciencia los reprende, cuando necesitan de un goce suave que refresque la hoguera de sus pasiones, sino es en los sentimientos tiernos de su corazón ó en los puros ideales de la mente: en el amor, en la amistad, en medio del hogar que, como perenne manantial, renueva constantemente en el alma del individuo aquellas fuerzas bienhechoras que deben conducirle un día de su larga peregrinación á la meta fijada por su destino, ó en la meditación, en la concentración del pensamiento que, elevándose sobre aquellas miserias de la vida, trata de acercarse á la fuente de la verdad, siempre límpida y siempre virgen?

¿Esto significa una protesta contra los esfuerzos de la inteligencia por el desarrollo de las ciencias experimentales ó de aplicación y de las artes industriales que embellecen nuestras moradas, facilitan nuestras comunicaciones acercándonos unos á otros, y hacen más cómoda nuestra vida material, poniéndonos también en condiciones, cuando sabemos aprovecharlas, de cultivar mejor nuestras buenas tendencias, nuestras saludables inclinaciones, y la vida misma del pensamiento? Lejos de eso; todo trabajo humano por conquistar un adelanto, es un mérito adquirido, y nadie se atrevería, sin ser un ente retrógrado é ignorante, á reprobar lo que es solo digno del aplauso. Pero, lo que debe merecer nuestra más severa crítica, nuestra más constante y enérgica condenación, nuestra perpétua protesta, nuestra voz de alarma, es esa ciega adoración que hoy se tributa á aquellas ciencias y á aquellas artes, esas tentativas gigantescas que hace el hombre por desenvolverlas cada vez más posponiendo todo á ese propósito y descuidando por ello el carácter y los sentimientos elevados del alma de cuya cultura pocos se preocupan, así como de las altas especulaciones de la mente, porque, en nuestro siglo, esas cosas no abren las puertas de los dorados salones, no proporcionan lujosas apariencias halagadoras de la vanidad y del orgullo, ni pro-

curan el agradabilísimo confort material; de donde resulta ese desequilibrio cada día más grande que se nota en el desarrollo de los tres elementos psíquicos que armónicamente unidos deben formar los únicos cimientos sobre los que tiene que alzarse el progreso; desequilibrio que trae como consecuencia actos de la naturaleza de los mencionados antes, que no son, sino en grande escala, los mismos que diariamente practican las personas entre sí en la lucha por la existencia y que, con el andar del tiempo, serán progresivamente peores á causa del mayor poder material alcanzado con los nuevos descubrimientos, á causa del debilitamiento paulatino de la voluntad y de los sentimientos altruistas por la falta de aplicación de aquélla en el sentido de éstos, relegados á su vez á un rol completamente pasivo, y á causa, por fin, del desenvolvimiento de las pasiones y de los apetitos é instintos sensuales alimentados con la actividad.

La falta de ideales que aleja al hombre de nuestras sociedades del estudio de las grandes cuestiones que no traen como consecuencia la satisfacción de un grosero ó refinado sensualismo, le impide detenerse á examinar esos jalones dejados por la humanidad en su camino y que el tiempo, por ellos vencido, se ha visto obligado á respetar. Aunque, desgraciadamente pocos, son, sin embargo, bastantes para ilustrar nuestro juicio y mostrarnos lo efímero de esos triunfos que hoy tanto nos seducen. Ellos nos dicen que en épocas muy remotas han existido sobre la tierra poderosas civilizaciones, pueblos grandes y adelantados en los cuales la inteligencia ha brillado con deslumbrantes resplandores, llegando á producir obras tan colosales, presididas por elevados conceptos científicos y religiosos, que el hombre de nuestros tiempos es incapáz todavía de reproducir. Todos esos numerosos y grandes secretos que el individuo de entonces ha tenido forzosamente que arrancar á la Naturaleza para realizar sus gigantescos trabajos, todos esos notables descubrimientos que una idea de armonía nos lleva lógicamente á suponer existiesen de acuerdo con lo revelado por esas mismas construcciones y por los grandiosos monumentos de otro orden que el mundo entero admira como creaciones casi sobre humanas, ¿qué se hicieron? ¿qué han dejado en pos de sí en favor de la humanidad? La obscuridad de la noche invadió á los pueblos y los vientos al echar sobre ellos la arena de los desiertos llevaron en sus alas todos aquellos adelantos que no comprendían una elevada enseñanza para las civilizaciones futuras. Sólo quedaron en pié, resistiendo á los siglos y á la barbarie de los hombres, como soles esplendorosos llamados á alumbrar el pensamiento de las nuevas generaciones que iban á levantarse, los grandes libros de la sabiduría antigua, que perdurarán siempre á través de los tiempos porque encierran en sus viejas y polvorientas páginas

la revelación de la verdad, y los majestuosos é imponentes monumentos que guardan cuidadosos, en medio de las soledades que los circundan, la grandiosa idea concebida en el pasado y trabajosamente escrita con la piedra para que pueda aprovecharla el porvenir.

He ahí lo que permanece, lo que no logran borrar ni el tiempo ni los cataclismos, lo que tiene la duración de una humanidad y lo que solo se consigue cuando marchan en armonía el sentimiento que fija el rumbo, la inteligencia que descubre y la voluntad que manda!

Fuera de ello, las conquistas materiales que no son, ni pueden ser, sino elementos concurrentes al verdadero perfeccionamiento humano, no tienen más que una importancia momentánea y relativa, y en tal sentido deben considerarse; pero pueden llegar á ser instrumentos peligrosos en nuestras manos, como las armas ó las substancias venenosas ó explosivas en poder de los niños, cuando no estamos suficientemente preparados por una sólida educación moral para manejarlas, convirtiéndose, entonces, en el más grave de los males que pueden asaltarnos, porque conspiran contra nuestra propia existencia.

Por ese camino marcha la actual civilización occidental. Sin ideales los pueblos y los hombres, se dirigen al precipicio, contentos con poder satisfacer las exigencias cada vez mayores de sus tendencias hacia el sibaritismo y el poder material, y por eso reciben con estruendosas muestras de admiración y de júbilo cada nuevo descubrimiento que viene á proporcionarles instrumentos más perfeccionados y más eficaces para el logro de sus deseos, mientras miran con supremo desdén ó con indiferencia los esfuerzos de los pocos que conservan la intuición de la verdad y tratan de dirigir su inteligencia hácia ella.

Sus religiones, falseados sus principios esenciales, petrificadas en sus dogmas, entregadas á las aparatosas ostentaciones de un culto cuyas claves hoy ignoran los mismos que lo practican, contrariados sus grandes y hermosos preceptos en el sentido de las corrientes perniciosas de la época, que debieran más bien fomentar el espíritu de los servidores de ellas para hacerlos tronar constantemente desde los púlpitos contra los vicios que imperan y predicar sin trégua, con la palabra y *el ejemplo*, la humildad, el sacrificio, la indulgencia, la tolerancia, el amor, la caridad, no responden ya, por aquel hecho, á su misión santa y redentora; y el hombre del pueblo, el niño de las sociedades, al que es necesario más que á nadie instruir en los sanos principios de la virtud, ya no tiene donde ir á iluminar su alma cuando el

embate de las pasiones, siempre fuertes en él, lo empuja hacia senderos extraviados.

Ellas, que debieran fijar los rumbos al espíritu, ¿cómo podrán hacerlo si también han perdido de vista la estrella de los Magos que les indicaba el camino donde se encuentra el Salvador?

Nuestros hijos, los hombres del mañana, crecen y se educan en medio de esta atmósfera de bajo positivismo cuya maléfica sombra les oculta desde temprano la luz. Si sus almas tiernas, al abrir los delicados pétalos al sol, encuentran ya viciado el aire y consumidas las gotas del rocío ¿cómo podrán exhalar el exquisito perfume que en el seno tienen escondido? ¡Abatirán sus corolas al llegar el medio día, y su raquílico pólen, arrastrado por los vientos, no irá seguramente a producir plantas hermosas y lozanas!

Es necesario reaccionar, es necesario que, por fin, el hombre piense que no es posible dejar sin aplicación los tesoros que encerrados lleva en lo más íntimo del alma. Para ello tenemos que empeñarnos primero por penetrar en esas profundidades que deben ser iluminadas con la luz de la razón, y, con voluntad firme y persistente, como el minero que sabe bien el valor del filón en que trabaja, perseguir allí la abundante veta que nos convertirá un día en seres ricos y felices.

Sin descuidar el estudio de las ciencias en el orden en que nos sea posible hacerlo ó hacia el cual nos sintamos arrastrados por nuestras inclinaciones ó tendencias; de las artes ó de las Industrias si ellas nos solicitan; sin dejar de ser hombres de sociedad ó modestos obreros, ni apartarnos del rol que estamos llamados á desempeñar en el mundo; esforcémonos por conocernos á nosotros mismos, condición prévia para conocer á los demás, y, de ese modo, y casi sin apercibirnos del fenómeno, iremos paulatinamente mejorando nuestras propias cualidades y desenvolviendo las que tenemos poco más ó menos en estado latente, al mismo tiempo que, como consecuencia de este trabajo, sério y difícil, habremos cada uno conquistado, por nuestro solo esfuerzo, un ideal que permanecerá siempre siendo un faro luminoso en nuestra vida y que nos apartará de esos senderos de travesía por los que hoy incautos nos lanzamos complaciéndonos con inocente empeño en recoger de sus orillas las vistosas flores que en ellas crecen, pero ¡ay! venenosas y sin fragancia.

ALEJANDRO SORONDO.

M. S. T.

LAS BASES DE LA EDUCACIÓN

Cuando el estudiante de teosofía dirige su atención hacia lo que se llama las cosas prácticas de la vida, trae, para el estudio de esas cosas, la inmensa ventaja que posee un espíritu habituado, y considera al hombre como un ser cuya existencia puede explicarse y cuya constitución, facultades y marcha en la evolución pueden ser comprendidas en una cierta medida. Semejante á uno de esos soldados alemanes que invadieron la Francia en 1870, sabe encontrar su camino á través del país, pues ha estudiado la geografía y conoce los puntos fuertes y los débiles para el ataque como para la defensa. Semejante también al hombre de ciencia, conoce las fuerzas en medio de las cuales y por las cuales puede obrar, y no experimenta simplemente por descubrir lo que se producirá, sino procede guiado por conocimientos acumulados antes. Es por eso que puede avanzar con firmeza y con seguridad; conoce el terreno y escoje con cuidado los medios apropiados en vista del fin que se propone alcanzar.

No hay cuestión cuya importancia sea más vital que la de la educación; y es natural que el teosofista traiga, sobre tal sujeto, las luces que ha recogido en el curso de sus estudios especiales. Es, pues, con la ayuda de esas luces que me propongo examinarla, exponiendo alguno de los resultados obtenidos.

Debemos considerar la educación bajo dos puntos de vista: como ayuda para el individuo en su evolución y como influencia en las relaciones del individuo con sus semejantes.

1.^o *La educación como ayuda para el individuo.*—Cuando un niño llega á las manos de sus padres y de sus maestros, trae consigo un carácter que es generalmente muy pronunciado: este es un hecho de una importancia fundamental. Dejando de lado, por el momento, la educación dada por los padres en la vida de familia, educación cuya importancia es muy grande,—me ocuparé solo de la dada por el maestro.

Este debe considerar á su discípulo como una individualidad en la cual es de su deber desenvolver las facultades ya existentes; su objeto no debe ser formar un candidato maravillosamente preparado para los exámenes, sino ayudar la actividad individual á desplegarse armoniosamente, á desenvolver sus fuerzas con equilibrio; debe esforzarse en cultivar la razón de preferencia á la memoria, y en ejercitar las facultades de observación, de comparación, de juicio, más bien que las tendencias á retener y á repetir la ex-

LAS BASES DE LA EDUCACIÓN

Cuando el estudiante de teosofía dirige su atención hacia lo que se llama las cosas prácticas de la vida, trae, para el estudio de esas cosas, la inmensa ventaja que posee un espíritu habituado, y considera al hombre como un ser cuya existencia puede explicarse y cuya constitución, facultades y marcha en la evolución pueden ser comprendidas en una cierta medida. Semejante á uno de esos soldados alemanes que invadieron la Francia en 1870, sabe encontrar su camino á través del país, pues ha estudiado la geografía y conoce los puntos fuertes y los débiles para el ataque como para la defensa. Semejante también al hombre de ciencia, conoce las fuerzas en medio de las cuales y por las cuales puede obrar, y no experimenta simplemente por descubrir lo que se producirá, sino procede guiado por conocimientos acumulados antes. Es por eso que puede avanzar con firmeza y con seguridad; conoce el terreno y escoge con cuidado los medios apropiados en vista del fin que se propone alcanzar.

No hay cuestión cuya importancia sea más vital que la de la educación; y es natural que el teosofista traiga, sobre tal sujeto, las luces que ha recogido en el curso de sus estudios especiales. Es, pues, con la ayuda de esas luces que me propongo examinarla, exponiendo alguno de los resultados obtenidos.

Debemos considerar la educación bajo dos puntos de vista: como ayuda para el individuo en su evolución y como influencia en las relaciones del individuo con sus semejantes.

1.º *La educación como ayuda para el individuo.*—Cuando un niño llega á las manos de sus padres y de sus maestros, trae consigo un carácter que es generalmente muy pronunciado: este es un hecho de una importancia fundamental. Dejando de lado, por el momento, la educación dada por los padres en la vida de familia, educación cuya importancia es muy grande,—me ocuparé solo de la dada por el maestro.

Este debe considerar á su discípulo como una individualidad en la cual es de su deber desenvolver las facultades ya existentes; su objeto no debe ser formar un candidato maravillosamente preparado para los exámenes, sino ayudar la actividad individual á desplegarse armoniosamente, á desenvolver sus fuerzas con equilibrio; debe esforzarse en cultivar la razón de preferencia á la memoria, y en ejercitar las facultades de observación, de comparación, de juicio, más bien que las tendencias á retener y á repetir la ex-

posición de los hechos. Este último sistema forma un candidato al éxito, el otro forma un hombre feliz; aquél tiene por resultado un brillante diploma seguido de fracasos en la vida, este trae un resultado modesto, pero una comprensión siempre más completa del sentido de la vida. Algunas veces un hombre dotado de una inteligencia excepcional unirá poderes intelectuales bien equilibrados y perfectamente desenvueltos á los éxitos en los exámenes, pero los brillantes triunfos de la Universidad son muy frecuentemente los únicos éxitos en la vida, y el héroe de la escuela se aplasta entonces después del esfuerzo, ó bien descubre que las cualidades que le son necesarias en la existencia no han sido desarrolladas, por haber sido su «educación» dirigida exclusivamente por un solo lado.

Estudiar al individuo, reconocer para lo que es más apto, ayudar al desarrollo de sus características felices y reprimir el vuelo de las que no lo son, todo esto exigiría una proporción más grande en el número de los maestros relativamente al de los discípulos, así como relaciones más continuadas entre los unos y los otros que lo que lo son comunmente hoy. Esos son, sin embargo, los resultados hácia los cuales no debe cesar de tender el educador teósofo.

La educación no debe ser un lecho de Procusto, sino flexible y adaptable; debe procurar la diversidad en el desenvolvimiento más bien que imponer la uniformidad. Esta manera de ver está basada, naturalmente, sobre lo que sabemos sobre la reencarnación; es decir que ella es *un hecho* y que se debe ayudar al individuo á avanzar en la vía que le es propia y no aprisionarlo á la fuerza dentro de rígido molde. La educación no debe semejar al arte de la jardinería del siglo XVIII que torcía los árboles bajo formas más curiosas que bellas; sino debe excitar á cada uno de estos,—como lo hace el arte moderno,—á desenvolver su forma propia en la armonía de un crecimiento natural.

Estudiando la constitución del hombre á fin de descubrir sus divisiones naturales y de llevar así á cada una de ellas el alimento que le conviene, encontramos que su naturaleza se descompone en cuatro partes: La naturaleza física,—la actividad corporal; la naturaleza emocional,—los sentimientos; la naturaleza intelectual,—los pensamientos; y la naturaleza espiritual que representa las aspiraciones del hombre hácia lo que es más grande que él mismo. Todo esto se encuentra en cada persona formando las partes integrantes de su naturaleza y la negligencia de cada una de ellas en la educación deja al hombre incompleto y falto del equilibrio necesario. La comprensión filosófica de la naturaleza del hombre

es la única base sólida de su educación: debemos comprender sus disposiciones antes de poder desarrollarlas; sus necesidades antes de poder responder á ellas. Esta manera de considerar al ser humano es habitual al teósofo, quien estudia sus cuerpos, — físico, astral y mental,—y sabe que estos tienen que ser cultivados, desenvueltos, á fin de poder responder á las exigencias crecientes del Dios á venir del que son los instrumentos; del *Yo* triple en el cuerpo causal.

Pero todo hombre, sin ser teósofo, puede encontrar en sí mismo ese haz de disposiciones distintamente determinadas: su actividad física, sus emociones, sus facultades mentales y alguna cosa que está arriba y más allá de todo esto de que se sirve y dirige: él mismo. Así pues, en una educación encaminada filosófica ó teosóficamente, esta cuádruple naturaleza del hombre debe ser reconocida, y se debe responder á ella con una cuádruple educación: física, emocional, mental y espiritual. No debemos descuidar ninguna parte de este conjunto bajo pena de dar una educación incompleta y de no llenar nuestro deber hácia el niño.

Educación física.—El cuerpo físico debe ser llevado, desarrollado hasta su más alto punto de acción, pues es el instrumento material del hombre y la actividad de este sobre el plano físico está limitada por él; es tanta locura despreciarlo como transformarlo en fetiche. Nuestro fin debe ser convertirlo en el mejor instrumento posible para nuestra actividad, desenvolverlo de la manera más completa que sea capaz de alcanzar, para lo que no debe ser ni cuidado con exceso ni torturado. La educación física, pues, es una parte integrante de una verdadera educación. El oído y la vista deben ejercitarse en la percepción y en la exactitud de la observación; los dedos, en la destreza y en la delicadeza del tacto; el cuerpo entero, en la gracia, en la armonía de los movimientos. Este desarrollo elemental pertenece al «home» y al «kindergarten», y debe terminar cuando el niño ha alcanzado la edad de siete años. En seguida vendrán, en la escuela, la gimnasia, los ejercicios y los juegos. El entrenamiento físico desenvolverá la vivacidad, la agilidad, la flexibilidad, la fuerza, la destreza y la gracia, y el hombre cuyo cuerpo haya sido conducido de esta manera tendrá entre sus semejantes una situación muy diferente de la de aquél que ha permanecido torpe, lento, débil, sin gracia é indolente. El cuerpo es un animal al que es necesario adiestrar con cuidado, y al que no se le debe abandonar á sí mismo. Gracias á la flexibilidad adquirida en la joven edad se le podrán imponer en el momento conveniente buenos hábitos, y estos llegarán á ser una segunda naturaleza. Es menester acostumbrarse á contentar-

nos con las condiciones en las cuales se encuentra mientras su propietario no trate de cambiarlas; á soportar las privaciones, á ser sufrido y paciente. Se le debe dar un alimento simple, ni muy abundante ni demasiado medido, sino ámpliamente suficiente para fortificarle; que sea agradable al paladar sin ser lujoso ni estimulante. Además, es preciso habituarle á una limpieza escrupulosa, al orden y á la regularidad.

Tal es, brevemente esbozada, la educación física que todos debieran recibir. La concerniente á la vista, al oído y al tacto será dada más tarde según las capacidades de cada uno por medio del dibujo, de la música, de los trabajos manuales.

Educación emocional—Las emociones son aquella parte de la naturaleza humana que nos une á los otros por la afección y el amor y nos aleja por el antagonismo y el ódio. Todas las relaciones entre el hombre y lo que le rodea reposan sobre los sentimientos, y las emociones no son otra cosa que sentimientos razonados. De las relaciones del hombre con sus semejantes derivan obligaciones ó deberes; la tendencia constante hácia estos deberes es en el hombre una virtud, mientras que la tendencia constante á rechazarlos es un vicio.

Así, la educación moral es la cultura de las emociones y sus relaciones con la naturaleza emocional son las mismas que las de la cultura del espíritu con la naturaleza intelectual. Aquella naturaleza constituye una parte integrante de la constitución del hombre, y para nuestro gran peligro la abandonamos sin cultura. La sociedad humana,—que es el conjunto de las relaciones que los hombres tienen entre sí,—reposa sobre ella y toda la evolución social depende de la manera como es practicada su educación. Es esta una objeción definitiva á todo plan educativo que no comprenda la enseñanza moral en su programa.

Las emociones no cultivadas son más peligrosas que las facultades mentales no evolucionadas, pues las primeras son activas, mientras que las otras quedan entorpecidas; aquellas son destructivas, estas se mantienen simplemente negativas; las unas son rebeldes á toda influencia, mientras que las últimas son pasivas. De allí, la importancia enorme de la educación moral. Es particularmente necesario que el teosofista pruebe bien el valor de esa educación, de esa cultura de la naturaleza emocional y que le asigne así el puesto definitivo que debe ocupar en el desenvolvimiento del hombre considerado bajo el punto de vista filosófico.

Mientras que generalmente se reconoce como necesarias la educación física y la intelectual, se deja de lado, la mayor parte de las veces, la cultura de las emociones y su relación con la moralidad.

El Estado se ocupa de las dos primeras, pero abandona vagamente la emocional ó moral á los «padres y á los ministros de la religión» que pueden ser competentes ó no serlo, que pueden estar llenos de sollicitud ó ser perfectamente indolentes. No se les confía la física ni la intelectual, pero se le abandona la otra aunque esta importe mucho más, como sucede, al bienestar y á la estabilidad del Estado.

La educación emocional debe tener dos divisiones principales: primeramente se debe actuar sobre el espíritu del discípulo con nobles narraciones, de acciones heroicas, de resignación en medio de crueles desgracias; narraciones donde la injusticia es soportada con paciencia, ó la verdad resiste á todas las tentaciones, ó la fe se mantiene pura entre las traiciones, ó la afección permanece fiel en la prueba, ó el martirio es sufrido en el aislamiento;—narraciones tales, en una palabra, que sean capaces de llenar á un corazón joven de una apasionada admiración, de ofrecer un ideal de abnegación y de heroísmo, de excitar la más noble emulación en esos tiernos seres y de formar la actividad moral en un mundo de heroísmo. Más tarde, cuando el niño avance en edad, se le enseñará á comprender el origen de las virtudes y de los vicios; se le explicará porqué el bien es el bien y porqué el mal es el mal; se le hará cultivar y discernir sus emociones; y se deberá, en fin, y esto desde el principio mismo,—aunque de una manera elemental,—enseñarle la verdadera teoría, á fin de que no pueda jamás olvidar sus primeras lecciones.

Educación intelectual—Hemos visto ya que los esfuerzos del maestro deberán aplicarse á despertar y á desarrollar las diversas facultades del espíritu. Sería de poca utilidad habituar el cuerpo á una pronta obediencia si el espíritu no está allí para darle la impulsión necesaria. Primeramente debe despertarse y hacerse claras y precisas las facultades de percepción, las que emplean como instrumentos la vista, el oído y el tacto, pues es preciso excitar la atención que es el poder de dirigir el espíritu sobre un solo objeto y de mantenerlo fijo sobre él; esta facultad es la fuente de todo esfuerzo mental. Llegado á este grado, el alumno emprenderá el estudio de las lenguas que se hace fácilmente cuando el cerebro es todavía muy dócil, y al mismo tiempo hay que tratar de fortificar y desarrollar la memoria. Después, se le enseñará á reunir, á comparar, á razonar sus observaciones, y se empleará las matemáticas y la lógica para fortificar y desenvolver sus facultades de razonamiento. Antes de la edad de catorce años, término medio, no podrá hacerse gran cosa en esta vía, pero, á partir de ese momento, las mencionadas facultades deberán ser entrenadas. El fin de la educación intelectual debe ser hacer del hombre una criatura de recto

juicio, capaz de razonamiento, de observación, en vez de lanzar en el mundo una enciclopedia perfecta; ella debe poner al individuo en condiciones propias para el rol que llenará en la vida, y falta por eso á aquel fin cuando hace por lo contrario un brillante incapáz.

Educación espiritual—Esta llave de bóveda de la educación es al mismo tiempo la parte más importante y las más difícil. Debe debutar por una enseñanza religiosa, simple, entremezclada de moral, pues la naturaleza espiritual del hombre está influenciada por las vibraciones de las emociones elevadas. Que el alumno considere la religión como el resorte principal en la vida de los héroes, y que ella vaya siempre asociada en su espíritu con el heroísmo, con la fuerza y con la ternura. Que aprenda á adorar á Dios como al ser que resplandece bien arriba, bien más allá de las más elevadas criaturas; que lo adore como Padre, Protector, Amigo; como la fuente de todo lo que hay de mejor en él; como el Sol de todos los mundos, el Señor de vida, de alegría y de belleza, el Sostén en el dolor, la Luz en la obscuridad. Que su memoria recoja los extractos de las grandes y nobles obras poéticas donde domina una profunda piedad. Que los Maestros de la Sabiduría que han dado al mundo las religiones sean para él objeto de una respetuosa adoración; que los considere como los intérpretes vivos de la sabiduría y los Maestros espirituales de la humanidad. Que más tarde aprenda á meditar cada día un corto instante y que la adoración y la meditación venga á ser una parte integrante de su vida, la expresión natural y necesaria de su «yo» más elevado. Así serán colocados los cimientos sobre los cuales podrá construir su vida espiritual; pues cada hombre debe edificarla él mismo, y el maestro, por elevado y abnegado que sea, no puede hacer otro cosa que indicar la vía.

2º *La educación como influencia en las relaciones del hombre con sus semejantes*.—Las individualidades dirigidas del modo que rápidamente queda esbozado, serán aptas para constituir una sociedad más elevada que la de nuestros días; pero hay que agregar que de su educación deberemos eliminar el espíritu de competencia, y esto principalmente en los cursos superiores. A los mejores alumnos se les debe enseñar á esforzarse por elevar el nivel de su clase, á ayudar á sus compañeros más débiles y menos capaces; á levantarlos hasta ellos en lugar de triunfar de su inferioridad y para ello hay que dirigirlos hacia una mútua solidaridad haciéndoles considerar á su clase, su escuela, su colegio, como una gran personalidad de la que hacen parte y cuyo honor y prosperidad tienen que serles queridos. Lo que los estimulará á hacer bien

será el deseo de aumentar su reputación á los ojos del mundo y no el beneficio que personalmente podrían obtener. Así la escuela sería una familia más extensa donde el alumno se acostumbraría á reconocer sus obligaciones hácia esas otras familias más grandes que son la ciudad, la nación, la raza. Vería un hermano en cada uno de sus compañeros de estudio, y se elevaría así hasta el sentimiento de fraternidad que se extiende á todos los hombres; sus emociones se harían más intensas, á medida que su inteligencia se fuese desenvolviendo, y de esta manera la conciencia social se agrandaría al mismo tiempo que la conciencia individual.

¿Este ideal es demasiado elevado? ¿Este plan es quimérico?

De ningún modo. Este no es sino el principio de la educación tal como la hace posible la teosofía, de una educación que debe ser aplicada en sus detalles y adaptada á todas las necesidades de la juventud por aquél cuyos ojos estén abiertos por la sabiduría, cuyas manos se hayan hecho firmes y tiernas por el amor.

ANNIE BESANT.

CORROBORACIONES CIENTÍFICAS DE LA TEOSOFÍA ⁽¹⁾

(Conclusión)

Sin embargo, es innegable que la ciencia ha hecho milagros por la humanidad, en este siglo especialmente. Mr. Berthelot, uno de los químicos más eminentes de nuestros tiempos, hacía notar que no había nada tan sorprendente como la diferencia entre la era moderna de ciencia aplicada durante los 75 últimos años y el entero desarrollo de la raza en los 6000 años anteriores «una diferencia tan marcada que es como si un nuevo hombre fuera «creado sobre una nueva tierra, y la organización social entera «transformada en medio de condiciones para cuya comprobación «no ofrecería el pasado ni datos ni precedentes sugestivos».... «siendo un hecho sin precedentes en la historia humana la presente y continua intervención de la ciencia en la vida de los «hombres». Teniendo en cuenta una exageración fácilmente explicable por lo que toca á la historia de nuestra raza actual, tiene probablemente razón el eminente sabio aunque sea algo difícil para un teosofista el admitir sin reserva que la actual

(1) Véase el núm. I de PHILADELPHIA

perfección de la ciencia y su intervención en la vida diaria sea « absolutamente sin precedentes » ó que no haya nunca habido en la historia de la humanidad épocas previas ó ciclos—por ejemplo en el glorioso apogeo de la cuarta raza—en que la ciencia se haya encontrado tan adelantada materialmente como ahora ó tal vez más; pero el recuerdo de los hechos no ha dejado trazas fuera de la historia teosófica. Por otra parte, no se puede negar que por muchas que sean sus conquistas, la ciencia moderna ha sido aplicada exclusivamente á beneficiar al hombre física y materialmente, á procurarle la satisfacción de todos sus deseos y necesidades materiales y que ella ha hecho posible la caída, la opresión de muchos en provecho de unos pocos, mientras no ha hecho seguramente nada para aumentar la espiritualidad humana ni aún su moralidad. Al contrario, la mayor parte de sus tendencias de los últimos años han sido las de hacer olvidar al hombre que tiene un alma, de hacerle creer que es solo materia, que solo tiene necesidades materiales cuya satisfacción sería el *summum bonum* de una vida que desaparece con la tumba.

Esa posición materialista de la ciencia fué bien y claramente definida cuando la teosofía por primera vez se presentó á la generación actual. La dispensación de las enseñanzas teosóficas fué acordada con el objeto de contener y destruir los efectos nefastos de las ideas materialistas que predominaban entonces. Es así que H. P. B., el apóstol de los maestros fué obligada á ser un gran iconoclasta científico, y en su *Doctrina Secreta* y en *Isis sin velo* como en *Lucifer*, tuvo que combatir con bastante severidad muchas teorías científicas erróneas que han sido repudiadas después, ó han caído gradualmente en desuso ó han sido corregidas gracias á los estudios constantes y á los descubrimientos nuevos de otros hombres de ciencia. Como lo dice últimamente el profesor John Mackenzie, H. P. B. tuvo que censurar « muchos de los puntos débiles de la ciencia, « lo absurdo de un gran número de sus teorías y sus propias « contradicciones y ¡que grande era la anarquía que prevalecía « en el mundo científico con respecto á muchos de los problemas « más importantes de la ciencia! » Durante el apostolado de H. P. B. tímidos amigos de la causa le pidieron repetidas veces que se esforzase por « armonizar » las enseñanzas teosóficas con las de las teorías científicas reinantes, y, naturalmente, eso no le fué posible.

Pero, desde los tiempos de H. P. B. la actitud entera de la ciencia ha cambiado rápidamente, como ella lo predijo; las antiguas teorías escépticas y materialistas se están modificando tan radicalmente que—sin que los mismos sabios se den cuenta

de ello--la ciencia entra diariamente en los dominios de la teosofía, corroborando teorías, afirmaciones y opiniones teosóficas, mientras muchos de sus representantes eminentes se han convertido en teosofistas declarados y han ingresado en las sociedades teosóficas. Y esta evolución gradual de la ciencia, á la vez que no puede dejar de ser de gran provecho para la humanidad, debe ser también de conveniencia mútua para los sabios y para los teosofistas. Ayudará á contrarrestar los peligros que una ciencia mal dirigida atraería sobre la humanidad, en el estado actual de nuestro negro ciclo de materialidad, con sus peligros proporcionados á los progresos admirables alcanzados últimamente en civilización, artes y ciencias « cuando los poderes del vapor » y de la electricidad han sido resucitados de las edades olvidadas, « la historia de diez mil años desenterrada con construcciones » imperecederas guardadas en las entrañas de la tierra y cuando « el siglo XIX va á terminarse con una masa de hechos maravillosos y abrumadores, de invenciones científicas que nos sorprenden casi diariamente, sin contar los preságios de descubrimientos aterradores que tocan casi á lo sobrenatural y nos amenazan á cada momento ».

Pero es precisamente á causa de estos descubrimientos fatales y amenazadores, casi sobrenaturales, que los Adeptos que los previeron reconocieron la necesidad de publicar—como lo hicieron—las enseñanzas de la teosofía con el fin de evitar en lo posible á la humanidad los peligros que deben acompañarlos. El hombre debe ser iluminado por la revelación oculta. De otra manera, en su ignorancia, jugará con las nuevas fuerzas, con los nuevos descubrimientos, como un niño con la pólvora y las consecuencias de ello serán terribles.

Afortunadamente, semejante á una inundación que todo lo invade, la teosofía se extiende rápidamente por el mundo, á un grado tal que—como lo decía un librero—ha llegado á ser un elemento importante de la literatura corriente.

H. P. B. dijo que de la acogida dispensada á sus primeros volúmenes, dependería que otros fueran publicados. Esta acogida debe haber satisfecho á los Maestros que inspiran el movimiento teosófico; desde el momento que no solamente el tan esperado 3.^{er} tomo de la *Doctrina Secreta* ha sido publicado simultáneamente en Inglaterra y América, sino que además varios fragmentos también lo han sido de enseñanzas importantes, que han levantado muchos velos ocultos de los que no se había hecho referencia en las primeras publicaciones. Bastará mencionar los estudios sobre el Plano Astral y Devachan, ó el Mundo antiguo y sus Habitantes, y las

Ayudas Invisibles (Leadbeater); las conferencias sobre la Construcción del Kosmos, Karma, el Hombre y sus Cuerpos, el Alma y sus Envolturas, Reencarnación y otros (A. Besant); los tratados sobre el Aura Humana (Sinnet, Actos de la London Lodge y Leadbeater Theos. XVII, 134) y también otra más sistemática y convincente para cuya publicación el autor de este trabajo ha sido el canal elegido. (3)

La materia de estas últimas obras merece una mención al pasar, porque otra vez más han obligado á la ciencia á inclinarse ante las enseñanzas teosóficas. Estas han proclamado siempre que el hombre, como todas las cosas animadas ó inanimadas, está envuelto, rodeado por una emanación compleja y muy sutil que—para los ojos del vidente—es no solamente luminosa sino coloreada por los colores más variados, los que indican nuestras pasiones, ideas y constitución. Naturalmente, los sabios materialistas que están lejos de ser dotados de una visión clarovidente—visto que las tendencias materialistas destruyen las facultades psíquicas—y por consiguiente no pueden ver el aura de un hombre ó de una mujer, niegan atrevidamente la existencia *in totum*. Pero últimamente ha venido la placa fotográfica—este pequeño instrumento que no puede mentir (según la expresión de un entusiasta) y ha revelado ya tantos casos imperceptibles aún con la ayuda del microscópio y del telescopio,—esta pequeña hada que nos ha dado la imagen de millones de estrellas cuya luz no afecta nuestra visión, ni se alcanza á ver por medio de nuestros otros instrumentos—certificando la existencia del aura. Después de un estudio especial de la materia, un médico de París, el doctor Baraduc, ha sido recompensado en sus esfuerzos con la obtención de una serie de magníficas fotografías, algunas de las cuales han sido publicadas ya en un libro interesante que da claramente impresas las auras de varias personas con las variaciones debidas á las tendencias ó pasiones, ideas y emociones del sujeto (Th. XVII I. 182, Lucifer XVII Octubre, Th. Austr. 102).

Los últimos estudios de este médico lo acercan cada vez más á las aserciones teosóficas y una legión de fotógrafos franceses, rusos y alemanes, siguiendo sus huellas, se esfuerzan por obtener en sus cámaras formas de pensamientos y otras cosas invisibles á la vista ordinaria.

Además, casi al mismo tiempo, un psicólogo americano, el doctor E. Gates, informó: 1.º que las emanaciones materiales de los cuerpos vivientes, ó las auras inferiores, difieren según

(3) EL AURA HUMANA, por A. Marques.

los estados de la mente ó las condiciones de la salud física. 2.º que estas emanaciones pueden ser comprobadas por las reacciones químicas de ciertas sales de selenio. 3.º que estas reacciones son caracterizadas por varios tintes de color, según la naturaleza de las impresiones mentales. 4.º que cuarenta diferentes productos de la emoción, como él los llama, han sido obtenidos ya.

Esto es una nueva confirmación, por una autoridad científica, de las aserciones ocultistas.

Así no es posible ya mirar con desdén las científicas descripciones teosóficas del aura y de sus variaciones producidas por impresiones buenas ó malas, que muestra al hombre interior en su verdadera desnudez, lo mismo que los rayos X. de Rontgen hacen ver su esqueleto. Ahora, admitiendo que haya un gran número de sensitivos que puedan percibir esta aura, el resultado será siempre uno. Todo crimen ó hipocresía serán inútiles cuando el hombre sea capaz de ver á los demás exactamente como son, no como se esfuerzan por aparecer. Esto pondrá al mundo en vísperas de una revolución psíquica como lo da á entender el ocultismo y como lo predijo la Biblia refiriéndose al tiempo en que «los hombres irán y vendrán y el saber aumentará», como seguramente es el caso ahora.

A. MARQUES.

CÓMO AUMENTAR LA ENERGÍA HUMANA? (1)

COMBUSTIÓN DEL NITRÓGENO ATMOSFÉRICO

Del punto de vista general, no hay, en realidad sino dos medios de aumentar la masa de la humanidad: 1º secundando y manteniendo las fuerzas y condiciones que tienden á ese aumento; 2º obrando por reacción ó reducción sobre las que tienden á disminuir la masa. Luego esta se acrecentará si uno se ocupa con cuidado de la hi-

(1) En el presente artículo, debido á la pluma de uno de los primeros electricistas del siglo, rival de Edison, parece considerarse á la humanidad como á un montón de hongos para cuyo aumento y buen desarrollo es preciso colocar á la tierra en que se encuentran en condiciones especiales y tratar dichas plantas según métodos y procedimientos determinados.

Naturalmente que participando de opuesta manera de pensar respecto á la naturaleza del hombre, cuya existencia y propagación sobre el planeta responde felizmente á causas y á leyes de orden muy diverso de las que Tesla supone, no publicamos el trabajo del renombrado físico porque sus conclusiones nos hayan seducido, si bien estamos completamente conformes, por razones distintas, con las prácticas en aquél recomendadas y cuyo ejercicio no puede menos que traer grandes ventajas á la humanidad y desarrollando sus energías; lo hacemos porque en el cuerpo de ese estudio se sostiene una cantidad de ideas y hechos observados por la ciencia contemporánea que vienen á comprobar, una vez más, las afirmaciones constantemente repetidas por los escritores teosóficos, especialmente por H. P. Blavatsky.—N. de la D.

giene, de la alimentación substancial, de la moderación y de la regularidad de régimen y costumbres, del fomento del matrimonio, de la concienzuda educación infantil y de la observancia de todos los preceptos de la salud, á los que pueden añadirse los de la religión. Pero en este agregado de una nueva masa á la ya existente, tres casos se presentan de modo igual:

O bien la masa agregada tiene la misma velocidad que la masa ya adquirida;

O bien esa velocidad es menor;

O es mayor.

Para formarse idea de la importancia relativa de estos tres casos, imagínese un tren formado de cien locomotoras, por ejemplo, y lanzado por una vía, y supongamos que para aumentar la energía de la masa en movimiento, se le agregan todavía cuatro locomotoras. Si estas cuatro últimas se vuelven con la misma velocidad que las del tren, la energía total será aumentada en la proporción de 4 o/o. Si no tienen más que la mitad de esa velocidad, el aumento no será sino de 1 o/o; si su velocidad es doble de la velocidad primitiva del tren, el aumento de energía será de 16 o/o. Este cálculo sencillo demuestra que es de máxima importancia agregar una masa de velocidad superior. Además, si, por ejemplo, los hijos tienen el mismo grado de instrucción que los padres—es decir, si se trata de una masa de «igual velocidad»—la energía no aumentará sino proporcionalmente al número agregado. Si son menos inteligentes ó adelantados, ó si se trata de una «velocidad menor» no habrá sino una reducidísima ganancia de energía. Pero si son mucho más adelantados, ó sea el caso de «velocidad superior», la nueva generación aportará un contingente considerable á la suma total de la energía humana. Toda adición de masa de «velocidad menor», salva la cantidad indispensable exigida por la ley traducida en el proverbio *mens sana in corpore sano*, debe en consecuencia ser enérgicamente combatida. Por ejemplo, el simple desarrollo muscular, como se practica en algunas de nuestras escuelas, y que yo considero equivalente á un agregado de masa de «menor velocidad», no me parece que deba recomendarse, aunque mi opinión haya sido distinta cuando yo mismo era escolar ó estudiante. El ejercicio moderado que establece justo equilibrio entre el espíritu y el cuerpo, haciendo producir á la gimnasia su resultado más eficaz, es naturalmente el primero de los deberes de la educación física, pero conviene recordar que esta educación debe tener por objeto aumentar la «velocidad» de la masa agregada á la ya existente.

A la inversa, es casi inútil decir que todo lo que es contrario á

las leyes de la higiene y de la moral religiosa, no tiende sino á disminuir la masa de la humanidad. Las bebidas alcohólicas, el vino, té, café, tabaco y otros estimulantes contribuyen á abreviar la vida de muchos individuos y sólo deben usarse moderadamente. No creo, con todo, que las medidas de rigor que supriman hábitos adquiridos en el curso de muchas generaciones se puedan aprobar. Es más prudente predicar la moderación que imponer la abstinencia. Nos hemos acostumbrado á estos estimulantes y si se quieren introducir reformas al respecto no se puede hacer sino lenta y gradualmente. Los que dedican toda su consagración á estas cruzadas podrían aplicarla más útilmente á proporcionar á los consumidores, por ejemplo, agua pura.

Para un individuo que muere por abuso de estimulantes hay mil al menos que sucumben por las consecuencias fatales del uso de agua contaminada. Este líquido tan precioso, que día á día nos infunde nueva vida, es también el vehículo principal para que entren á nosotros la enfermedad y la muerte.

Los gérmenes destructores que transporta en nuestro cuerpo son enemigos tanto más terribles cuanto que llevan á cabo su obra funesta de manera imperceptible. La máxima mayoría de las gentes son de una ignorancia crasa, de una imprudencia absoluta al beber agua y las consecuencias de esto son tan desastrosas que un filántropo no podría emplear mejor sus esfuerzos que ilustrando este punto á los que se suicidan inconscientemente. La purificación sistemática y la esterilización de las aguas potables aumentaría considerablemente la masa humana. Sería necesario establecer el precepto riguroso—hecho obligatorio por la ley—de hacer hervir ó esterilizar de otra manera el agua que se bebe en las casas ó en las fuentes públicas.

No basta filtrarla para garantizarse de los gérmenes infecciosos. El hielo destinado al uso interno no debiera prepararse sino artificialmente con agua perfectamente esterilizada. Todo el mundo admite la necesidad de eliminar los gérmenes patógenos que arrastra el agua de las ciudades, pero generalmente se hace poquísimo por remediar las condiciones existentes y por otra parte no se conocen todavía métodos satisfactorios para esterilizar el agua en grandes cantidades. Gracias á la electricidad aplicada se está actualmente en aptitud de producir ozono barato y en abundancia y habría gran provecho en multiplicar el empleo de este desinfectante ideal que parece ofrecer la solución más ventajosa de este grave problema.

El juego, la fiebre de negocios, la sobreexcitación, sobre todo en los templos de la Bolsa, son también causas de una gran reducción

en la masa humana, tanto mayor cuanto que los individuos de que se trata representan unidades de valor superior. La ignorancia en cuanto á la observación de los primeros síntomas de una enfermedad y la descuidada negligencia al respecto constituyen igualmente factores importantes de mortalidad. Notando atentamente toda señal nueva de la aproximación de un peligro y haciendo concienzudamente todo el esfuerzo posible para evitarlo, no seguimos únicamente las sabias leyes de la higiene en el interés de nuestro bienestar y en vista del éxito de nuestros trabajos, sino que llenamos un deber moral de primer orden, pues todo hombre debe considerar á su cuerpo como don precioso que le ha sido hecho por una bondad soberana, como maravillosa obra artística de incomparable belleza y de maestría superior á toda concepción humana, pero tan delicada, tan frágil que una palabra, un soplo, una mirada, nada más que un pensamiento, pueden hacerla peligrar. El desaseo, engendrador de la enfermedad y de la muerte, es no solamente destructor sino inmoral. Poniendo nuestros cuerpos al abrigo de infección, conservándolos sanos y puros, atestiguamos nuestro respeto por el don que nos ha sido hecho. Y, en este sentido, cualquiera que observa los preceptos higiénicos ejecuta un acto piadoso. La relajación de la moral es igualmente un mal terrible que envenena á la vez espíritu y cuerpo y que, en ciertos países, reduce considerablemente la masa humana. Muchas de nuestras costumbres, de nuestras ideas, de nuestras tendencias actuales no pueden producir sino resultados lamentables, mórbidos ó mortales. Así la educación social de la mujer, el feminismo que quiere apartarla de los deberes de la familia, y de ella hacer un hombre, no puede más que alejarla del ideal elevado que representa, disminuir su poder creador, su expresión estética, y causar la esterilidad, el debilitamiento general de la raza.

Fácil sería enumerar mil otros males de la sociedad actual, pero no quiero insistir aquí sino sobre la carencia de alimentación que resulta de la pobreza, de la desnudez y del hambre. Millones de individuos mueren actualmente por falta de alimentos y hacen disminuir de esta suerte la cifra de la masa. A despecho de todas las obras organizadas por la filantropía, de todas las instituciones de caridad, hay siempre un coeficiente enorme de indigencia. No hablo de la falta absoluta de alimentación, sino de la carencia de alimentos sanos y verdaderamente nutritivos.

Poner al alcance de todos una alimentación buena y abundante es ciertamente uno de los problemas más importantes de la actua-

lidad. En tésis general, la cria de ganados en mayor escala no resolvería el problema, desde que, como he explicado antes, este medio no podría dar más resultado que agregar una masa de «velocidad menor». Valdría más, de seguro, aumentar la producción de legumbres, y soy de los que piensan que el vegetarianismo no puede menos que traer consecuencias felices combatiendo la costumbre esencialmente bárbara de comer carne de animales. Está probado hoy que el hombre puede limitarse perfectamente á una alimentación vegetal sin que su organismo y sus trabajos sufran por ello. No es ya esto teoría sino un hecho. Muchas razas que viven exclusivamente de plantas son superiores á otras en fuerza física. Es indudable que la alimentación vegetal, por ejemplo la cocción de avena, es mucho menos costosa que la carne y que determina una constitución física é intelectual mejor. La alimentación vegetal, además, afecta mucho menos nuestros órganos digestivos y, poniéndonos más contentos, más sociables, produce una suma de bien inapreciable. También debieran emplearse todos los esfuerzos en poner término á la feróz matanza de animales, que no puede sino hacer crueles nuestras costumbres. Para combatir en nosotros los instintos de la bestia humana, debiéramos ante todo atacar el mal en su origen y operar la reforma radical de nuestra alimentación.

Parece no haber necesidad alguna *filosófica* de nutrirse. Se conciben bien seres organizados viviendo sin alimentos y sacando toda su energía del medio ambiente en vista del cumplimiento de sus funciones vitales. El cristal nos presenta ejemplos de la existencia de un principio vital que trabaja en su formación y, aunque nada comprendamos de la vida de un cristal, por eso no es menos ser viviente. Puede haber, además de los cristales, otros sistemas materiales de seres así individualizados, quizás de composición gaseosa ó compuestos de una substancia todavía más ténue. Esta posibilidad, digamos más bien esta probabilidad, no nos permite negar apodicticamente la existencia de seres organizados sobre un planeta, simplemente porque las condiciones de la vida no son para ellos tales como las concebimos para nosotros. No podemos siquiera afirmar con seguridad positiva que no haya algunos de estos seres en el mundo que habitamos, en medio de nosotros, pues su constitución y su manifestación de vida pueden ser tales, que sea imposible verlos, en el estado actual de la ciencia.

La producción de alimento artificial como medio de aumentar la masa humana asalta naturalmente al espíritu, pero las investigaciones hechas teniendo en vista esta clase de alimentación no me parecen racionales, al menos por el momento. Es muy dudoso que alimentación semejante responda á nuestras necesidades. Nosotros

somos la resultante de siglos de adaptación continua y no podemos cambiarnos radicalmente sin exponernos á consecuencias imprevisitas y, según toda probabilidad, desastrosas. No podría aconsejarse la tentativa de un experimento tan incierto. El mejor medio á mi ver, para poner obstáculo á la propagación del azote, sería llegar al aumento de la productividad del suelo. Para eso la conservación de bosques es de una importancia que nunca podría pregonarse bastante y, conjuntamente, la utilización de la fuerza hidráulica para la trasmisión eléctrica, dispensando de la combustión del carbón y permitiendo de este modo salvaguardar las selvas, debiera recomendarse. Pero en esto también, como en todo, hay límites que no se pueden pasar.

* * *

El aumento material de la productividad del suelo no puede obtenerse á menos de hacerlo más fértil por los medios más eficaces. La cuestión de la producción alimenticia tiene atingencia de esta manera con la del mejor modo de fertilizar el suelo. La constitución de este permanece siempre en el misterio. Explicar su origen equivale probablemente á dar la explicación de la vida misma. Hubo un estado de cosas inexplicado y un principio nuevo entró en actividad, y se formó la primera capa geológica que podía soportar organismos inferiores como los musgos. Estos organismos, con su vida y su muerte, agregaron al suelo un poco más de sus cualidades propias para el mantenimiento de la vida de los seres, y otros organismos de orden más elevado pudieron entonces existir, y así progresivamente hasta que finalmente la planta en su desenvolvimiento completo y la vida animal estuvieron en estado de mostrarse en pleno vigor. Pero aunque las teorías no concuerden aun hoy, en lo concerniente á los medios de fertilización, es un hecho absolutamente averiguado, que el suelo no puede entretener indefinidamente la vida y que es necesario encontrar un medio cualquiera de restituirle las substancias que le han sido extraídas por las plantas. Las más ricas y apreciables de estas substancias son los compuestos de nitrógeno y su producción barata es en consecuencia la llave de la solución de este importante problema de la alimentación. Nuestra atmósfera contiene una cantidad innagotable de nitrógeno y si se pudiera combinarlo con el oxígeno y producir estos compuestos, resultaría un beneficio incalculable para la humanidad.

Ha mucho tiempo que esta idea ha estimulado la imaginación de los sabios, pero no se ha encontrado ningún método eficaz para obtener este resultado. El problema, por lo demás, se ha-

bía hecho extremadamente difícil á causa de la extrema inercia del nitrógeno que se resiste á combinarse aún con el oxígeno. Pero aquí la electricidad viene en nuestro auxilio: las afinidades que duermen en el elemento, se despiertan mediante una corriente eléctrica de calidad conveniente. Del mismo modo que un trozo de carbón ha estado sin quemarse en contacto con el oxígeno durante siglos, se combinará con él una vez en ignición, así también el nitrógeno excitado por la electricidad se quemará. No he tenido éxito sin embargo en producir descargas eléctricas que exciten bien, efectivamente, el nitrógeno atmosférico, sino en fecha relativamente reciente, aunque hubiese mostrado en mayo de 1891, en una conferencia, una nueva forma de descarga ó de llama eléctrica llamada «fuego de San Telmo» que no solamente puede producir ozono en abundancia, sino que posee también como lo he mostrado distintamente, la propiedad de excitar afinidades químicas. Esta descarga ó llama no tenía entonces más de tres ó cuatro pulgadas inglesas de longitud, su acción química era muy débil y como consecuencia, el modo de oxidación del nitrógeno muy dispendioso. Se trataba de llegar á dar mayor intensidad á esta acción. Y evidentemente era necesario producir corrientes eléctricas de clase especial á fin de hacer más eficaz el procedimiento de combustión del nitrógeno.

El primer progreso se realizó al constatar que la actividad química de la descarga se aumentaba considerablemente con el empleo de corrientes de extremadamente alta frecuencia ó de una cifra de vibración correspondiente. Este fué un perfeccionamiento importante pero consideraciones prácticas impusieron muy pronto límite al progreso en ese sentido. Se buscaron en seguida los efectos de la presión eléctrica de la corriente de impulsión, así como los efectos de su forma de ola y de los otros caracteres. Después se estudió la influencia de la presión atmosférica y de la temperatura como también de la presencia del agua y de otros cuerpos, lo que permitió determinar gradualmente las mejores condiciones de producir la acción química más intensa de la descarga y obtener el resultado más eficaz de este método. Naturalmente estos perfeccionamientos no se adquirieron sino muy lentamente, pero, paso á paso se avanzaba. La llama llegó á ser mayor y mayor, su poder de oxidación más y más intenso. De una insignificante descarga grosera de algunas pulgadas de longitud, se desenvuelve en un maravilloso fenómeno eléctrico, una llamarada rojiza que devora el nitrógeno atmosférico y mide de sesenta á setenta pies ingleses de anchura. De este modo, lentamente, casi imperceptiblemente, la posibilidad se convirtió en hecho cumplido.

No se ha dicho todo á este respecto, falta aún, pero la figura que se reproduce aquí explica claramente los resultados ya obtenidos mediante mis esfuerzos. La descarga igniforme visible es producida por intensas oscilaciones eléctricas que pasan al través del cable señalado y agitan violentamente las moléculas electrizadas del aire. Por este medio, se crea una fuerte afinidad entre los dos componentes normalmente indiferentes de la atmósfera y se combinan, aunque no se siga haciendo provisión para dar mayor intensidad á la acción química de la descarga.

En la fabricación de compuestos nitrogenados por este método, todos los medios posibles que se liguén á la intensidad de esta acción y á la eficacia de este procedimiento, deberán aprovecharse y, además, habrá lugar para recurrir á arreglos especiales para la fijación de los compuestos formados de esta manera, generalmente inestables, pues el nitrógeno vuelve á ser inerte transcurrido cierto lapso de tiempo. El vapor es un medio simple y eficaz de fijar los compuestos de manera permanente. El resultado obtenido demuestra la posibilidad práctica de combinar con oxígeno el nitrógeno atmosférico en cantidad ilimitada, empleando únicamente una potencia mecánica de precio módico y un sencillo aparato eléctrico. Se puede fabricar en estas condiciones gran número de compuestos nitrogenados en todos los lugares del mundo, baratos, en la cantidad que se quiera, y mediante el uso de estos compuestos, podrá fertilizarse el suelo y aumentar su productividad indefinidamente. Y de esta suerte se obtendrá alimentación abundante, poco cara, sana, no artificial, sino tal como la que acostumbramos emplear. Esta nueva é inagotable fuente de alimentos ofrecerá, digo, un beneficio incalculable á la humanidad; pues contribuirá enormemente al aumento de la masa humana. También puedo esperar que el mundo verá bien pronto los comienzos de esta industria que, tengo la convicción, tendrá en un porvenir una importancia análoga á la del hierro.

NICOLÁS TESLA.

DONDE ESTÁ EL AMOR ESTA DIOS

Había una vez, en una ciudad rusa, un zapatero llamado Martín Avdeyitch, quien vivía en una pequeña habitación de un sub-suelo, provista de una ventana que daba sobre la calle, pero tan baja que por ella sólo se veía las piernas de los trausentes. Apesar de de esto, Martín Avdeyitch reconocía á las personas por sus botas; pues viviéndo allí desde largo tiempo atrás, y contando, como contaba, con numerosas relaciones, raras eran las botas del barrio que

escapáran á sus manos. Las que no había vendido, por lo menos las había remendado muchas veces, y como su trabajo era sólido y bien hecho, el hombre no era caro en sus precios, se servía siempre de buenos materiales y era exacto en el cumplimiento de sus promesas, recibía muchos encargos, los que únicamente aceptaba cuando estaba seguro de poder entregar la obra en el día marcado. Jamás gustó engañar á ningún cliente. Es así que Avdeyitch fué conocido y que tuvo constantemente ocupación.

Avdeyitch había sido siempre un buen sujeto, pero con la edad se dedicó á pensar en su alma más á menudo que antes y á tratar de aproximarse á Dios. En la época en que trabajaba por día, como obrero, perdió á su mujer, quién le dejó como recuerdo, un muchacho de cerca de tres años. Sus otros hijos, mayores, habían precedido en la tumba á la madre. Después de esta última desgracia, Martín quiso enviar primeramente el niño á vivir en la aldea con una tía, pero un movimiento de piedad en favor de su hijo, le hizo cambiar de opinión. «Es demasiado duro para mí Kapitoshka vivir en medio de una familia extraña,» se dijo: «yo lo guardaré conmigo.» Entonces solicitó de su patrón la libertad, y fué á habitar con el muchacho el pequeño aposento ya mencionado.

Pero, Dios no le había dado suerte con sus hijos. Apenas el niño creció lo bastante como para ser útil á su padre, cayó enfermo, y murió después de una semana de ardiente fiebre. Martín no pudo ya resistir esta última prueba y se abatió bajo el peso de su gran desesperación, hasta el punto que llegó á murmurar de Dios.

En su enorme desconsuelo más de una vez imploró al Eterno que lo hiciera morir también, reprochándole que no lo hubiera elegido en vez de su hijo único y bien amado. Por último, cesó de frecuentar la iglesia.

Un día, un viejo aldeano, vecino suyo, que por la octava vez se había puesto en viaje de peregrinación hácia el monasterio de Tritza, pasó á visitarlo. Después de haber conversado ambos durante algún tiempo, Avdeyitch comenzó á lamentarse de sus desgracias: «Yo no tengo gusto alguno por la vida, santo hombre,» le dijo, «sólo aspiro á la muerte y ruego á Dios que me la conceda, pues de todo desespero.» Entonces el peregrino le respondió: «Tú no hablas bien, Martín; á nosotros no nos corresponde juzgar los actos de Dios. Estos no se producen por nuestra voluntad, sino como El lo decide, y si Dios ha querido que tu hijo muera y que tú le sobrevivas, es razonable que sea de ese modo para lo mejor. En cuanto á tu desesperación, ella, proviene simplemente de que buscas vivir para tu bienestar solamente.»

—«¿Y para que otro motivo se debe vivir?» preguntó Martín.

«Para Dios,» replicó el anciano; «debes vivir para Él, que dá la vida. Cuando vivas así, cesarás de atormentarte, y la vida no te parecerá sino un ligero fardo.»

Después de un corto silencio, el zapatero preguntó:

—«¿Cómo se puede vivir para Dios?»

—«En cuanto á esto, Jesu-Cristo mismo nos muestra el camino. ¿No puedes leer? Pues bien, compra los Evangelios, léelos y aprenderás, penetrando en ellos, cómo se puede vivir para Dios. Todo está allí.»

Estas palabras hicieron camino en el corazón de Martín, quién compró un Nuevo Testamento, escrito con grandes caracteres, y se puso á estudiarlo.

Su primera intención fué leer solamente los días de fiesta, pero, apenas hubo comenzado esa tarea nueva para él, sintió que su alma se llenaba de regocijo y leyó todos los días. Algunas veces se entregaba hasta tan tarde de la noche á la lectura, que el aceite de su lámpara se consumía completamente, y apesar de ello se sentía sin fuerzas para abandonar el libro. Cuanto más leía, más comprendía lo que Dios esperaba de él y cómo se debía vivir para Dios; sintiendo el peso de su corazón hacerse de día en día más ligero.

Antes, cuando iba á recojerse, se lamentaba y lloraba por su Kapitoshka; ahora, sus últimos pensamientos eran: «Gloria á Tí, gloria, oh Señor! Que vuestra voluntad sea hecha.»

Toda su vida se encontró cambiada. En otra época, como ofrenda del Domingo, iba al café á tomar una tasa de té, permitiéndose de cuando en cuando acompañarla con licores. También había bebido con amigos de ocasión, y, aunque jamás ébrio, había vuelto á su casa muchas veces bastante alegre, profiriendo estupideces, gritando y aún insultando á la gente que encontraba en su camino. Pero, todo esto pertenecía ya al tiempo pasado; su vida se había vuelto tranquila y llena de satisfacciones.

Desde la mañana hasta la tarde lo absorbía el trabajo, y cuando la tarea concluía, descolgaba de la pared su pequeña lámpara, que colocaba sobre la mesa, abría su libro y se entregaba á la lectura, en la que hacía grandes adelantos para su felicidad.

Una vez, Martín veló más que de costumbre, leyendo el Evangelio, según San Lucas, en el que había llegado hasta este versículo, del sexto capítulo: «Y al que te hiriere en una mejilla, dále también la otra; y al que te quitare la capa, no le impidas llevar también el sayo. Y á cualquiera que te pidiera, dá; y al que tomare lo que es tuyo, no se lo vuelvas á pedir. Haz á los otros lo que quisieras que hicieren contigo.»

Después leyó los versículos del Señor: «¿Y por qué me llamáis: Señor, Señor, y no hacéis lo que os digo?

«Todo aquél que viene á mí, y oye mis palabras, y las sigue, yo os enseñaré á quien es semejante. Es semejante á un hombre que edificó una casa, que cavó y ahondó, y puso los cimientos sobre roca; y habiendo avenida, el río dió con ímpetu en aquella casa, sin poderla conmover; porque estaba fundada sobre roca. Más el que oye y no hace, es como un hombre que edificó su casa sin cimientos, sobre arena; el río dió en ella con ímpetu y cayó, y fué grande la ruina de aquella casa.»

Avdeyitch leyó estas palabras y se sintió lleno de alborozo. Quitándose los anteojos, que colocó sobre el libro, se apoyó sobre la mesa y se puso á reflexionar profundamente. Trató de asimilar entonces su vida á estos preceptos y después se preguntó: «¿Mi casa está edificada sobre la roca ó sobre la arena?» Si es sobre la roca, todo va bien. Ensayaré averiguarlo, pues vale la pena de ello; y pueda Dios ayudarme.

Con estos pensamientos, se levantó para meterse en el lecho, pero no se sintió con fuerza para dejar todavía el libro. Continuó, pues, leyendo el séptimo capítulo; leyó la historia del Centurión, la del hijo de la viuda, la respuesta de Juan el discípulo, y llegó al punto en que el fariseo solicita de Jesús comer con él. Leyó, en fin, cómo la mujer «que era una pecadora», después de haber ungido á éste los pies, los lavó con sus lágrimas, y cómo él le perdonó sus pecados. Por último, llegó al versículo 44: «Y vuelto á la mujer, dijo á Simón: ¿Ves esta mujer? Entré en tu casa, no diste agua para mis pies; más ésta los ha regado con lágrimas, y limpiádoslos con los cabellos de su cabeza: No me diste beso; más ésta desde que entré no ha cesado de besar mis piés. No ungiste mi cabeza con aceite; más ésta ha ungido con unguento mis pies» Meditando sobre este versículo, Martín se repitió: «No le dió agua para sus piés, no lo besó, y no le puso aceite sobre la cabeza... Este fariseo ha debido ser un hombre de mi especie, pues yo también, no he pensado sino en mí mismo; ¡Cómo! regalarme con té, mantenerme bien abrigado y confortablemente, y no tener un pensamiento para los demás.»

«El fariseo pensaba en sí mismo solamente; en cuanto á su huésped, no se preocupaba de él. ¿Y quién era ese huésped? ¡nada menos que el Señor! Si éste viniese á mí ¿podría yo jamás obrar como aquél?»

Y colocando sus brazos sobre la mesa, Avdeyitch se quedó medio dormido.

—«¡Martín!» oyó de pronto, como si alguien hubiese murmurado su nombre en el oído.

Al despertar, sobresaltado, — «¿quién está aquí?» gritó. Dióse vuelta, miró hácia el lado de la puerta y no viendo á nadie volvió á dormirse cuando repentinamente oyó de nuevo, bien distinta, una voz que le decía. — «Martín, Martín, mira hácia la calle mañana, yo vendré.»

Entonces, Martín se despertó, se levantó de su silla y comenzó á frotarse los ojos, no estando seguro de si había realmente escuchado esas palabras, ó simplemente soñado. Apagó su luz y se acostó, por fin.

A la mañana siguiente, se levantó antes del alba, dijo sus oraciones, encendió su fuego, puso su stsky⁽¹⁾ y el kasha⁽²⁾ en el horno, hizo hervir su samovar, se colocó el mandil, y sentándose en su sitio de costumbre, bajo la ventana, comenzó su tarea. Al mismo tiempo que trabajaba pensaba sin cesar en lo que le había ocurrido; llegando á una doble conclusión. Unas veces creía que sólo se trataba de una alucinación; otras, que había verdaderamente escuchado una voz.

Así sentado junto á su ventana, mirando más hácia la calle que trabajando, Martín se estiraba, desde que un par de botas de confección extraña pasaba por delante, tratando de ver al través de aquélla, no solo las piernas sino también la cara del transeunte.

Conoció al dvornik⁽³⁾ que pasaba con sus botas nuevas de fieltro; al aguador, y en fin á un viejo soldado inválido del tiempo de Nicolás, con polainas y botines de fieltro muy usados y remendados, el cual, armado de una pala para la nieve, se detuvo delante de su ventana.

Avdeyitch reconoció inmediatamente por las polainas á Estephanitch, como se llamaba el anciano, quien recibía por caridad habitación en casa de un mercader vecino y tenía por toda obligación la de ayudar en sus tareas al concerje.

El inválido comenzó á quitar la nieve que se había amontonado junto á la ventana, y Avdeyitch que lo contempló un momento volvió á entregarse á su trabajo.

— «He perdido, sin duda, la razón en mi avanzada edad!» se dijo, riendo, el zapatero. Estephanitch limpia la nieve, y yo, en mi cuarto, me imagino que Jesu-Cristo vendrá á visitarme. No hay más; estoy convertido en un viejo idiotizado.»

Sin embargo, después de haber manejado su aguja una docena de veces, se sintió de nuevo atraído á mirar por la ventana y vió á

(1) Caldo de coles.

(2) Cocido espeso de trigo.

(3) Concerje.

Estephanitch que, colocando su pala contra la pared, trataba de calentarse, ó tal vez de descansar.

«El hombre está viejo, quebrado, quizás demasiado viejo hasta para limpiar la nieve», se dijo: «una taza de té caliente le agrada-
ría, sin duda.» Detuvo su alicata, se levantó en seguida, colocó el samovar sobre la mesa, vertió sobre el té el agua que hervía y golpeó con el dedo en el vidrijo de la ventana; llamando por señas después á Estephanitch, á quien fué á abrir la puerta, para que entrara.

—«Entra y siéntate», le dijo. «¿Tienes frío, no es cierto?»

—«Que Jeau-Cristo tenga piedad de nosotros. Si, tengo frío, y todos mis huesos están doloridos», exclamó el infeliz viejo, quien al entrar, sacudió la nieve que tenía sobre sí, y á fin de no ensuciar el piso, hizo un débil esfuerzo para secar sus piés, lo que casi lo hizo caer sobre el suelo.

—«No te molestes para secarte; yo lo haré después, es mi deber. Ven siéntate», dijo Avdeyitch y llenando dos vasos, colocó uno delante de su huésped, el que después de vaciarlo, lo puso boca abajo sobre el plato y colocó de lado el terrón de azúcar que no había concluido (1) dando al mismo tiempo las gracias por el favor que se le había dispensado. Era evidente, sin embargo, que deseaba repetir.

—«Toma más», le dijo Avdeyitch llenando los dos vasos de nuevo, para él y para su huésped; y, así, hablaba y bebía sin perder por ello de vista la ventana.

—«¿Esperas á alguien?» le preguntó Estephanitch.

—«Si espero á alguien? Aunque el caso parezca gracioso, realmente no espero á nadie, pero tengo la esperanza en mi corazón de que alguien venga.

Yo no puedo decir si he tenido una visión ó qué cosa es la que me ha sucedido, pero escúchame, hermano. Anoche leía los Evangelios en la parte en que nos dicen cuanto ha sufrido nuestro Padre Jesu-Cristo, y de qué manera hacia su peregrinación por la tierra, respecto de lo cual habrás oído hablar ¿no es eso?

—«Si, hemos oído», respondió Stephanitch, «pero nosotros somos gentes negras (2) y no se nos ha enseñado á leer».

—Y bien, leía justamente eso y con tal motivo me puse á pensar ¿cómo pudo el Fariseo recibir la visita de Jesucristo, sin haberle

(1) Aunque bebiendo té de una manera immoderada, el pueblo en Rusia no le echa azúcar, sino muerde un pedazo de ésta el cual le sirve para muchos vasos, dejando el huésped el sobrante del modo descrito.

(2) Los paisanos rusos, así como las clases inferiores, se llaman negros ó gente ignorante, y se sirven generalmente del pronombre en plural, «nosotros», en vez de «yo» cuando hablan de ellos mismos.

hecho los honores de su casa? pues si tal me hubiese sucedido á mí ó á otro, creo que no hubieramos encontrado nada bastante bueno con qué obsequiarlo al recibirlo. Mientras así pensaba me quedé dormitando y en ese estado oí llamarme por mi nombre, levanté la cabeza y escuché dos veces una voz como si alguien cuchichease: «Espérame, vendré mañana». Pues bueno, me creerás ó nó, desde ese momento aquella voz ha quedado grabada en mi cabeza y aquí me tienes, reprendiéndome, pero al mismo tiempo esperando á Él, á nuestro Padre. Stephanitch movió la cabeza con asombro y nada dijo, pero vaciando su vaso, le colocó esta vez de lado (1). Aydevitch le tomó y volviendo á llenarlo exclamó:

—«Bebe más y que Él pueda daros la salud. Así, pues, yo pensaba en Él, que era todo amor, que no despreciaba á ningún hombre, antes bien frecuentaba al pueblo, visitando de preferencia á las personas simples y escogiendo á sus apóstoles entre los hermanos más pobres. Aquel que se eleva, decía, será abatido y el que se humille será elevado. Vosotros me llamáis Señor y yo os lavaré los piés. Si un hombre cualquiera ambiciona ser el primero, ese será el sirviente de todos. Bendito sean los pobres, los humildes y los caritativos».

Como Stephanitch era un viejo de corazón sensible, olvidó su té y permaneció sentado escuchando á su interlocutor mientras gruesas lágrimas corrían por sus mejillas.

—«Vamos, concluye tu té», le dijo Avdeyitch, pero el otro santiguándose, le dió las gracias, empujó su vaso y se levantó para partir.

—«No sabes cuán agradecido te quedo, Martín Avdeyitch, dijo, pues me has obsequiado y has alimentado mi cuerpo lo mismo que mi alma».

—«Os ruego que vuelvas otra vez; un huésped es siempre el bien venido», le respondió Martín. Aquél partió y éste, derramando la última gota de té, desembarazó la mesa y se volvió á colocar debajo de la ventana para continuar su tarea, pero siempre mirando hácia la calle, esperando á Jesucristo, pensando en él, en sus obras y con la cabeza llena de sus discursos.

Pasaron dos soldados, el uno de uniforme, el otro de particular, después el propietario de la casa vecina con sus zapatos de goma, muy brillantes y en fin el panadero con su canasta. Todos desaparecieron al pasar, menos una mujer con medias de lana y zapatos de aldeana que se detuvo junto al muro.

Avdeyitch la miró desde su covacha y vió una persona para él

(1) Acto político que demuestra que no se desea más té.

desconocida, pobremente vestida con un bebé en los brazos, de espaldas al viento y tratando de envolver al niño, aunque no tenía nada con que hacerlo. Su traje era delgado y tenía bastante uso. Avdeyitch que oyó al niño llorar, mientras que ella, sin conseguirlo, trataba de hacerlo callar, se levantó, abrió la puerta, subió la escalera y la llamó:

—«Buena mujer! ¿por qué permanceses al frío con ese niño? Ven, entra en mi cuarto que está caliente y allí podrás abrigarlo bien».

La mujer, sorprendida, se dió vuelta y vió á un anciano con delantal de obrero, que llevaba anteojos, invitándola á entrar en su tienda, y le siguió. Llegados al extremo de la escalera, entraron en el cuarto y el buen hombre condujo á la mujer cerca de su lecho.

—«Siéntate aquí mi buena mujer, cerca de la chimenea para calentarte y alimentarle á tu hijo».

—«¡No tengo ya leche, y desde la mañana yo misma no tengo nada que comer!» murmuró tristemente ésta, preparándose, sin embargo, á dar el pecho á su pequeñuelo.

Avdeyitch sacudiendo la cabeza al escucharla, fué hácia la mesa, tomó pan y una vasija en la que virtió stsky, sacó después del horno la olla con el kasba, pero apercebiéndose que este no estaba todavía cocido á punto, volvió con el stsky solo, le colocó sobre la mesa con el pan y tomando una servilleta colgada de un clavo, la puso cerca de lo demás.

—«Siéntate y come, buena mujer, le dijo, y mientras tanto yo me ocuparé de tu hijo. Yo también los he tenido, de modo que sé cómo manejarlo.»

La mujer, persignándose, se sentó y empezó á comer, mientras Avdeyitch tomó su sitio sobre la cama cerca del niño y trató inútilmente de hacerlo callar. Por fin lo logró después de muchos ensayos para entretenerlo, sintiéndose lleno de alegría cuando pudo obtener una sonrisa del pequeño á quien el dedo del anciano, ennegrecido por la cera, comenzó á llamar la atención.

La mujer continuó comiendo y narrando al mismo tiempo su vida. Era mujer de un soldado, enviado desde hacía ocho meses á una provincia, época desde la cual no tenía noticias del ausente. Estaba entonces colocada como cocinera, pero cuando su hijo vino al mundo, no se le permitió continuar en su trabajo á causa del niño, «y ahora vedme sin colocación desde hace tres meses», continuó. «Todo cuanto tenía lo he empeñado para comer. Me he ofrecido como nodriza, pero no convenía á nadie, porque soy demasiado flaca, según dicen. He ensayado conchavarme en casa de la vendedora de vino, cerca de aquí, donde una de mis paisanas está coloca-

Pasarón algunas personas de su conocimiento, como también algunas que le eran extrañas, pero no notó nada de extraordinario, hasta que de pronto vió detenerse en frente de su ventana á una anciana vendedora de fruta con una cesta de mimbre con manzanas. Debió haber tenido una buena venta, pues le quedaban pocas ya y de su espalda colgaba un saco lleno de astillas de madera que llevaba para su casa, reunidas probablemente en algun edificio en construcción. Como el saco era pesado y parecía causarle mal en el hombro, ensayó pasarlo al otro lo que ocasionó que aquel cayera sobre la vereda. En ese momento y mientras trataba de arreglarlo, después de haber colocado su canasta en el suelo, un muchacho, cubierto de un gorro hecho jirones, apareció por una esquina de la calle, cojió una de las manzanas y estaba ya á punto de desaparecer desapercibido, cuando la vieja se volvió bruscamente y lo agarró con ambas manos por las mangas del traje. El chico hizo toda clase de esfuerzos para salvarse, pero la anciana vendedora apretándolo entre sus brazos, le sacó el gorro y lo tomó de los cabellos, produciéndose una escena durante la cual aquél daba agudos chillidos y esta juraba á más y mejor.

Sin perder tiempo en colocar de lado su alesna, Avdeyitch la arrojó al suelo, se dirigió á la puerta, y saltando rápidamente los escalones llegó por fin á la calle tambaleando y después de haber perdido sus anteojos. Allí continuaba la vieja sacudiendo de los cabellos al muchacho, maldiciendo y amenazándolo con la policía, y este dando puntapiés y negando en medio de gritos el hecho. Martín trató de separarlos y tomó al muchacho de la mano diciendo: «Déjale ir, Baboushka (abuela), y perdónale por amor de Jesús Cristo».

—«Lo perdonaré, pero de manera que no olvide su delito hasta los próximos azotes! Voy á llevarlo á la policía».

Avdeyitch insistió nuevamente en su pedido y la mujer dejó por último al pilluelo que se preparaba ya á echar á correr cuando aquél lo sujetó á su turno. «Pide perdón á Baboushka, le dijo, y no vuelvas á hacer lo que has hecho, pues yo te he visto tomar la manzana». El niño estalló entonces en sollozos y solicitó de la vendedora el perdón.

—«Así está bien hecho, y ahora toma la fruta exclamó el zapatero, sacando de la cesta una manzana y dándola al culpable. «Yo os la pagaré, abuela».

«Vas á echar á perder á ese muchacho súcio», contestó la mujer. «Su mejor recompensa debería ser de naturaleza tal que no pudiese permanecer de espaldas durante una semana». — «No, Baboushka esto será según nuestras leyes, pero no según las leyes de Dios».

«Si él merece ser azotado por haber robado una manzana, ¿cuál será entonces el castigo de nuestros pecados?».

La anciana no repondió.

Avdeyitch contó entonces á la mujer la parábola con la cual el Señor narraba como despidió á su servidor perdonándole sus deudas, y como éste fué á su turno á poner las manos sobre su deudor á quien hizo arrojar en prisión. La mujer y el muchacho se quedaron escuchándolo. «Dios ordena que perdonemos los pecados de nuestros hermanos, para que se haga con nosotros lo mismo. Perdonad y dejad tranquilo á un niño que no tiene todavía razón».

La vieja movió la cabeza y suspiró. «Es verdad, así es» repitió «pero los niños en nuestros días se han hecho muy indisciplinados!».

«Es justamente por eso que nosotros, las personas mayores, debemos aconsejarlos bien» dijo Martín. «Soy de vuestra opinión» replicó aquélla. «Yo tenía siete, pero una sola hija me ha quedado» y empezó á contar dónde y cómo vivía con su hija y cuántos hijos ésta tenía. «Veis», continuó, «casi he perdido mis fuerzas, y sin embargo, trabajo todavía por piedad hácia los pequeños que son muy buenos y nadie me quiere como ellos. En cuanto á Aksvutka ella no dejaría mis brazos por los de nadie: «Abuelita, querida abuelita, mi corazón!...» me dice. Y la pobre mujer se enterneció completamente.

«Que Dios sea con él» añadió, mirando al muchacho, y como se preparase á echarse el saco sobre la espalda, el pilluelo aproximándosele le dijo: «Dejadme que lo lleve por tí, abuela, pues voy en la misma dirección».

La vieja reflexionó un momento, volvió á sacudir la cabeza y como consintiese en el pedido colocó el fardo sobre la espalda del chico, marchándose ambos y olvidando aquella reclamar de Avdeyitch el precio de la manzana. Este permaneció mirándolos y escuchando sus voces que se alejaban; enseguida volvió á su cuarto, encontró sus anteojos intactos, alzó su alesna y se entregó de nuevo á su labor. Después de haber trabajado un rato vió pasar al encendedor de faroles que se dirigía á desempeñar su tarea, y no pudiendo ya enebrar sus agujas: «Es ya tiempo de encender mi lámpara», se dijo; la preparó, la colgó de la pared y continuó su operación.

Habiendo terminado una bota, cuya confección le pareció bien, recojió sus herramientas, barrió los desperdicios del cuero, puso á un lado sus hilos y los pedazos de cordones desparramados, descendió la lámpara que colocó sobre la mesa y tomó los Evangelios que trató de abrir en la página marcada con una tira de marroquin, pero la abrió en otra.

Apenas había necho esto, se acordó del sueño de la noche precedente, y creyó oír á alguiën detrás de sí caminando sobre la punta de los piés. Nuestro hombre se dió vuelta y le pareció ver personas que no pudo reconocer, en los rincones oscuros de la habitación, al mismo tiempo que una voz murmuró en su oído: «Martín, Martín, ¿no me reconoces?»

«¿Reconocer á quiën?» preguntó. «¡A mí!» dijo la voz; «soy yo».

Y Stephanitch salió del rincón oscuro, sonriendo, y enseguida se desvaneció como una sombra.

«Y ahora soy yo», dijo la misma voz, y la mujer del soldado y el niño aparecieron saliendo del mismo sitio; y la mujer sonrió y el pequeño lanzó un vajido, perdiéndose ambos también ante su vista.

«Y yo», repitió la voz, y vió á la vieja y al pilluelo, con la manzana, que los dos le sonreían, desvaneciéndose como los anteriores.

Una gran alegría se apoderó inmediatamente del corazón de Martín, quiën, haciendo el signo de la cruz, se colocó los anteojos y comenzó á leer en el sitio donde el libro se había abierto. A la cabeza de la página decía:

«Yo tuve hambre y tu me diste de comer, tuve sed y la templaste, era un extranjero y me recibiste en tu casa» y más adelante: «Tanto como has hecho por el más pequeño de mis hermanos, lo has hecho mí. (Math. XXV)».

Y Avdeyitch supo así que su sueño no lo había engañado, y que ese día el Señor estuvo á verlo en realidad y que en verdad él lo había recibido.

CONDE LEÓN TOLSTOI. (1)

(1) El autor de este precioso cuento, acaba de ser solemnemente excomulgado por el Metropolitano de Kieff, presidente del Santo Sínodo de la Iglesia ortodoxa rusa. Joan-nikius; ¡que á eso se exponen aquellos que, en estos tiempos de libertad de conciencia, se atreven á predicar la caridad y el amor, haciendo un apostolado de esas divinas virtudes! N. de la D.

LA CONFERENCIA EN LA RAMA "ANANDA"

Ante un público escogido pronunció noches pasadas, en esta Rama de la Sociedad Teosófica, una interesante conferencia nuestro hermano Cárlos M. Collet.

Su trabajo, que sentimos no poder reproducir en las columnas de «Philadelphia» á causa de no haberse presentado por escrito, versó sobre lo que es la Teosofía, extendiéndose el orador en consideraciones claras y conceptuosas para demostrar las relaciones de esta con el ocultismo y con todas las ciencias y religiones en general, como que es la fuente de donde todas manan y hácia la cual se esfuerza en llegar el hombre que aspira á poseer un día la verdad. Historió la vida de la Sociedad Teosófica y expuso cuáles son sus propósitos y cuál es el rol que está llamada á desempeñar en las sociedades modernas donde cada día gana más camino, debido á la forma como se desenvuelve, á los elevados fines que persigue y á las corroboraciones que constantemente reciben sus afirmaciones con lo mismos descubrimientos de la ciencia contemporánea.

A los merecidos aplausos recibidos por el conferenciante, no hacemos sino un acto de justicia uniendo los que le envía «Philadelphia» que, desde hace algún tiempo, lo cuenta entre sus buenos colaboradores.

LA DIRECCIÓN.
